

Sergio Iván Garzón Clemente

La CASA de la LECHUZA SONRIENTE



COLECCIÓN

VOCES QUE
CUENTAN





Dr. Oswaldo Chacón Rojas

RECTOR

Mtra. María del Carmen Vázquez Velasco

SECRETARIA GENERAL

Mtra. Mónica Guillén Sánchez

SECRETARIA DE IDENTIDAD Y RESPONSABILIDAD
SOCIAL UNIVERSITARIA

Mtro. Gabriel Velázquez Toledo

DIRECTOR EDITORIAL

LA CASA DE LA LECHUZA SONRIENTE



COLECCIÓN
VOCES QUE
CUENTAN 

La casa de la lechuza sonriente, de Sergio Iván Garzón Clemente, fue editada e impresa por la Universidad Autónoma de Chiapas. Ingresó a proceso en la Primera Convocatoria "50 para el 50", 2024 y fue dictaminada por el método de doble ciego.

Dirección editorial: Mtro. Gabriel Velázquez Toledo
Edición, corrección de estilo y diseño de interiores,
cubierta y cuidado: José Urióstegui

1ª. edición 2025

Inscrita en el Registro Público del Derecho de Autor, SEP
con el número: 03-2024-110414150100-14
ISBN (Voces que cuentan): 978-607-561-197-6
ISBN (Volumen): 978-607-561-346-8

D. R. © SERGIO IVÁN GARZÓN CLEMENTE

D. R. © BENEMÉRITA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE CHIAPAS



Boulevard Belisario Domínguez km 1 081, sin número,
Terán, C. P. 29050, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas. Miembro
3932 de la Cámara Nacional de la Industria Editorial; de
la Red Nacional de Editoriales Universitarias y Académi-
cas de México, ALTEXTO, y de la Asociación de Editoria-
les Universitarias de América Latina y El Caribe, EULAC.

El diseño y composición de interiores y cubierta de esta
obra son propiedad de la Universidad Autónoma de
Chiapas Editada e impresa en México / Edited and prin-
ted in Mexico

LA CASA DE LA LECHUZA SONRIENTE

SERGIO IVÁN GARZÓN CLEMENTE

VOCES QUE CUENTAN



Contenido

OBSESIONES..	5
Parábola de Sally y el león ..	7
Hambre de dios ..	13
Ananké	39
COMPULSIONES .	49
Pleasence ..	51
The house of the smiley barn owl. .	55
Jezabel	71
ARTE POÉTICA ..	81
De mutuo acuerdo ..	83
Hace un año, Marcela morirá ..	87
El demiurgo. .	97

OBSESIONES

PARÁBOLA DE SALLY Y EL LEÓN

Al principio no estaba seguro; segundos después no me cabía la menor duda. El aullido provenía del interior de la carpa.

—Sally, ¿escuchaste? ¡Sally!

Sus ojos, todavía maquillados de verde y amarillo, continuaban cerrados cuando, con voz adormecida, me mandó al diablo. Era la medianoche y tenía apenas una hora que nos habíamos acostado para dormir. La última función de la temporada había sido extenuante y muy temprano, por la mañana, deberíamos dismantelar carpa y campamento. Cerré los ojos y un tercer aullido o lamento me hizo abrirlos al instante. Sally roncaba y, más allá, el catre de Frank se encontraba vacío. Me calcé las botas, encendí un cigarro, me incorporé y salí de la casa de campaña.

Frank se hallaba a unos pasos parado frente a un barril de cuyo interior salían los cañones de dos escopetas. Él, como yo, vestía pantalón, playera y botas, señal de que también había sido despertado por el quejido y salió de prisa. El viento frío del invierno adelantado despeinaba su cabello. No me gustó su rostro, porque un rostro con miedo es fácil de comprender, pero no era miedo lo que expresaba, sino algo peor. Era un gesto de desconcierto, de incredulidad. Es esa sensación de que algo está frente a ti y no logras identificarlo, no aciertas en definirlo, así era el rostro de Frank.

—Qué hay, Albino —dije.

—Los caballos están muertos. Petrus escapó; los demás leones se mantenían en sus jaulas —calló unos segundos, como buscando el valor para concluir el recuento preliminar de la noche—. También escapó Sarah.

Sentí un estremecimiento en las piernas. Si Sarah estaba libre no habría rincón en todo el campamento en el que alguien pudiera sentirse a salvo.

—Debemos atraparla —dijo—. Nosotros habíamos sido los responsables de tener a Sarah entre nuestras atracciones. Había sido todo un reto capturarla. Aparte de bella, era muy lista; podría decirse que era única entre todas las especies. Frank la conocía muy bien, tal vez mejor que yo, y, después de Fabiola, que la trataba como su consentida, era el único que podía alimentarla. Debemos liberar a Sarah, me decía constantemente. Ya es imposible contenerla. Primero, yo accedía; le decía de acuerdo, Frank, lo haremos después de la función de esta noche. Pero llegaba su turno en la pista y el público se quedaba atónito. Oh, Sarah lucía espléndida, maravillosa; aun con los grilletes en cuello y tibias hacía temblar a todos los espectadores, que dudaban entre aplaudir o salir corriendo. Siempre era un problema decir a los aldeanos que debíamos seguir nuestro camino a otros pueblos porque querían más de Sarah. No había gente que no la hubiera visto al menos dos veces por temporada. Nos daban su dinero, sus gallinas, sus borregos, su cosecha. Había algunos que pagaban las tres funciones que presentábamos para asegurar su lugar en las gradas y ver el número estelar que se presentaba sólo en la función nocturna. Con ese éxito, Sarah nos podría esperar una noche más, sólo una función más que se repetiría hasta el final de los tiempos.

—Lo siento, Albino. Fue mi culpa.

—Lo sé, y lo que es peor para ti, Sarah también lo sabe.

Cogimos las escopetas, no sin que yo sintiera cierta ternura por pensar que las armas nos darían alguna ventaja.

—Vamos a despertar a todos.

—Pero tiene que ser casa por casa. Debemos encontrar a Sarah antes de que ella nos vea primero.

—¿Tú crees que nos respete? —pregunté arrepintiéndome de inmediato por lo estúpido de la pregunta.

—Tal vez a los demás sí.

Caminábamos tratando de amortiguar el sonido de nuestros pasos en la hojarasca. Las cigarras chirriaban ocultando algo que parecía un grito del que era difícil localizar su origen, cuando llegamos a la casa de Lucas, Fabiola y Fermín.

—¿Tú crees que se atrevió a matarlos?

—No sé. Fermín hacía eso con los cuchillos por pura diversión. Ahí estaba Fabiola al centro de la diana giratoria y Fermín le lanzaba el cuchillo que rozaba una axila; el siguiente, la otra y, de pronto, un cuchillo sobre la cabeza de Sarah, otro más que sujetaba la arracada de su oreja derecha por el centro. Sarah apagaba un quejido y se estremecía entre sus cadenas tras la jaula.

Frank fue el primero en entrar a la casa. Incluso con la débil luz de los candiles pude ver cómo la piel del albino transitaba del blanco al transparente. Las venas azuladas de sus brazos parecían reventarse.

—¡No entres! Están muertos —susurró.

—¿Fabiola, Lucas?

—Los tres.

—Entonces...

—Parece que no está discriminando.

—¿Pero Fabiola?

Desde que Sarah formaba parte de nuestras atracciones, Fabiola sintió por ella simpatía, agrado, un gusto malsano. Me daba la impresión que iniciaba entre ellas una suerte de flirteo que, Dios nunca quiera, podría llegar a atracción sexual. Nadie negaba que Sarah era concupiscente, tanto para hombres como para mujeres, pero también para los niños y para las ancianas. Y para las bestias. Sin embargo, siempre el miedo, el instinto de conservación que existe en una mente racional, y en la más

irracional, dominaba sobre cualquier otro impulso primario. Si llegamos a preocuparnos cuando Fabiola se acercaba a Sarah como si quisiera traspasar la señal de advertencia. Sarah se abalanzaba sobre ella y trataba de zafarse los grilletes para tocarla. Entonces, Fabiola no daba el paso que la acercaría a la fatalidad y, desde la línea roja, la miraba como se mira la fotografía del amante en el exilio. Evidentemente, Sarah no comprendía, es decir, no creo que comprendiera que Fabiola comenzaba a desearla y respondía con algunos sonidos guturales que provenían de, cómo llamarlo, algo parecido a una boca, que además también era bella. Abría eso como boca y emitía el ronroneo que sólo producía frente a Fabiola; sin embargo, aunque para el espectador podría parecerle la escena hasta sensual, en instantes Sarah graznaba y el horror volvía a impregnar a quienes estábamos presentes. Sin poder detener el temblor de su cuerpo, ella que todas las noches servía de blanco de cuchillos, tomaba el látigo de castigo y me lo ofrecía para que yo azotara a voluntad a ese ser superior y prohibido.

—Habría sido el látigo —dijo Frank—. Tu látigo.

—¿Escuchas?

—Son los leones. Voy a regresar a los remolques de las jaulas. Temo lo peor.

—Voy por los demás y te alcanzamos.

Otro gemido, acompañado de lo que parecía el barrito de un elefante muriendo, se escuchó en dirección de las jaulas. No, a Toby no; nuestro único elefante. Quise regresar con Frank, pero él, desde la distancia, me contuvo con una seña de su mano horriblemente blanca. Me resigné y caminé en dirección a la casa de los hermanos Román. La temperatura seguía descendiendo y eso a Sarah le causaba dolor. En su jaula siempre tuvo pieles de reses para cubrirse y, en ocasiones, cuando el clima llegaba a bajar de diez grados centígrados, teníamos que aventarle los cuerpos de dos borregos recién sacrificados para que ella pudiera re-

confortarse. Nunca la dejamos sin protección en la crudeza del invierno, pero sospechábamos que podría acabar con ella. Ojalá.

Las hojas secas revueltas con vísceras y sangre formaron un sendero de composta macabra. No había nada qué hacer dentro de la casa de los hermanos Román. El rastro salía de su casa y tomaba la dirección de la mía hasta perderse. Sally. Sarah en ese momento habría llegado hasta ella. No quiero imaginar lo que le hará; Sally expele mi olor y, como dijo Frank, Sarah vendría a cobrarme mis cuidados. ¿Seré cobarde por no ir a socorrer a Sally? La verdad, a Sally no la odiaba como me odiaba a mí. Así como no puedo decir que Sarah comprendiera el deseo de Fabiola por su cuerpo, tampoco puedo asegurar que tuviera celos de Sally, La Risueña. Incluso, pienso que era al contrario. Sally miraba con envidia la hermosura única de Sarah, belleza a la que ninguna mujer podría aspirar. Sin embargo, disfrazó su primer reproche con la pérdida del número estelar contra Sarah. Ya veo que están esperando que acabe mi acto para que entre “esa”. Luego, lo dijo abiertamente, ya no quiero que veas así a Sarah. ¿Pero quién podía dejar de ver a Sarah?

No, no regresé a mi casa y, por primera vez, consideré coger la cabina de los hermanos Román y huir abandonando carpa, equipo, jaulas, animales, amigos, los muertos y los vivos, si es que quedaba alguno. Frank, Frank. Mis pasos, que no quisieron llevarme a Sally, me dirigían a Frank, el Jinete Albino. En uno de los remolques de jaulas, el cadáver de Toby yacía con la mitad adentro y la mitad afuera en actitud de haberse querido defender, o esa idea me dieron sus colmillos manchados de sangre. Al acercarme un poco más, me percaté de mi error: la sangre era suya. Mató al pobre Toby porque era mi bestia favorita. En cambio, los monos y Billy, nuestro oso, permanecían intactos. De Frank, no veía ni un rastro. ¿Habrás huido? No. Apenas perceptible bajo el estruendoso chirriar de las cigarras, me pareció oír mi nombre en un grito que provenía del interior de la carpa. La débil luz de los candiles alumbraban mis

pasos hasta la enorme puerta. Entré apuntando con la escopeta al vacío. Recorrí el pasillo entre butacas hasta llegar a la pista circular. De la base de trapecios, Petrus bajó, deslizando sus garras de cinco centímetros por el poste. A cuatro metros frente a mí, el león de doscientos cincuenta kilos abrió sus poderosas mandíbulas, amenazante. Lo tenía a tiro, pero un sonido de cadenas rotas me hizo voltear a ver atrás. A una distancia semejante a la que se encontraba Petrus, Sarah me observaba sin expresar un mínimo sentimiento en su rostro de belleza infinita.

—Bajó la escopeta muy lentamente hasta dejarla en el suelo. Y se echó a correr directo a las fauces del león.

—¿Y por qué no disparaste? —preguntó Sally, como distraída. Frank sólo esbozó una sonrisa por respuesta.

HAMBRE DE DIOS

*Vaciló frente al cántaro en que Lilith había volcado
el paraíso violeta; luego, lo asesinó como a los otros.
Entre los despojos rodó una rosa seca y gris de Jericó.
Cuando Marjolaine quiso hacerla florecer, se hizo polvo.*

Marcel Schwob

LISBOA

He consumido el último tercio de mi vida en busca de la mandrágora azulada. Caminé la enigmática Asia, navegué por los ríos más indómitos de América; recorrí el globo entero. Casi convencido de haber perdido el tiempo y la razón persiguiendo una quimera, salí de un puerto de África Oriental con la idea de terminar mi obcecación en un pequeño hotel de Lisboa, ciudad en donde un amigo desahuciado reclamaba mi presencia. Y así lo hubiese hecho si en esa misma mañana en que visité el mercado negro para conseguir un revólver no hubiera conocido a Turgut Öcalan. El comerciante turco usaba por fachada la venta de libros usados para ocultar la mercancía clandestina, armas y opio, principalmente. Cuando iba a pedir la pistola, según la contraseña que mi inteligente amigo me había confiado, me sorprendí al ver un par de volúmenes que yo atesoraba y que me había costado al menos diez años encontrarlos. Ambos mencionaban a la mandrágora azulada. Mi corazón se aceleró y palidecí.

Tenía miedo de preguntar, de buscar otra vez la punta del hilo a la maraña, de recomenzar el desconsuelo. Estaba tan cerca, sólo bastaba pedir la pistola y una carga. Lo tenía todo planeado: entraría a la Catedral, caminaría a la orilla del Tejo, fumaría bajo la sombra de la torre de Belem, evitaría la biblioteca. Únicamente, regresaría sobre mis pasos al hotel, donde de una buena vez la paz encontraría. Me di cuenta de que aún tenía la carta en el bolsillo del chaleco. Pero fui víctima de mi orgullo intelectual y pensé, engañado, que estando en esta situación bien podría preguntar por algún otro texto relacionado con la planta legendaria, con la confianza en que nada habría más allá de lo que tienen mis libreros. Tomé el Libro Verde de los Druidas, lo abrí en una página que conocía de memoria y señalé un párrafo al turco, haciéndole comprender que necesitaba toda la información posible sobre la mandrágora azulada. El comerciante habló en su lengua hacia el interior de la tienda. Transcurrieron algunos minutos en los que la desesperación y la esperanza casi me doblegan por no haber recibido una negativa inmediata y rotunda. Luego, apareció un hombre negro, de complexión robusta y gesto intimidante, que traía un pequeño libro encuadernado en piel, por cuyo grosor creo que no rebasaría las setenta páginas. El negro me vio un instante como si no quisiera olvidarme nunca y volvió adentro. Öcalan abrió el libro y pude ver que en su interior se encontraban los títulos de los textos más extraordinarios escritos en la historia de la humanidad. La lista estaba ordenada de la siguiente manera: obra, autor, año, número de ejemplares conocido y, eventualmente, el dueño actual. El nombre Turgut Öcalan estaba escrito en más de la mitad, y de esa mitad dos terceras partes de los dueños se mantenían en el anonimato. Por algo de ingenuidad me pareció curioso que no estuviera también el precio anotado y el turco me hizo saber que aparte de no ser conveniente por los riesgos que contraerían los dueños, escribir el precio al lado de tan dignas obras denigraría a la filología universal. Después, hubo un momento de silencio en el que

él daba vuelta a las páginas, hasta que en una su dedo achatado se detuvo indicando una línea del selecto índice. Mis manos se crisparon y contuve la respiración al leer en griego el título que a continuación traduzco: Guía de Plantas Supremas. Anónimo. 1713. Un ejemplar conocido en manos del libanés Rafic Chehab. Por primera vez en mucho tiempo la suerte me favorecía, pues la dirección que tenía aquel hombre se hallaba no muy lejos de la capital portuguesa, en Castelo Branco. Di una fuerte cantidad al turco por la información, aproximadamente lo que me costó el Libro Verde de los Druidas, y me marché, no sin antes pagar por el revólver y un poco de opio ya ocultos bajo el saco.

No pude dormir por la excitación de haber encontrado otra vez una nueva punta del hilo enmarañado. Apenas amaneció, brinqué de la cama con la intención de salir a desayunar un par de rebanadas de pan horneado untadas con mantequilla, acompañadas de carajillo. El brandi me reconfortaba y me hacía olvidar el ajeno. De regreso, a unas cuerdas antes de llegar al hotel, sentí que alguien me tocaba la espalda. Era el negro ayudante de Öcalan. Sobresaltado, llevé mi mano al pecho buscando la cacha del revólver; pero el negro, de una rapidez inimaginable, me la interceptó y la llevó hacia abajo con aparente calma. En un inglés fluido me pidió tranquilizarme. Dijo llamarse Abacha; quería proponerme un negocio. Sacó de una bolsa de cuero que llevaba consigo un librito carcomido, en cuya portada se distinguía como título Memorias de Crates. El precio que me proponía era tan barato que me pareció ridículo. Él me dijo que ya había dado bastante a su patrón y que con eso se recompensaba. Hasta entonces comprendí que el negro lo había robado. Por unos segundos tuve la intención de delatarlo; pero el negro se veía de una fiera formidable, y además ¡era Crates! Así que omití mis precarios escrúpulos y pagué lo solicitado. Media hora después dejaba mi habitación y salía bajo el joven sol en el primer tren a enredarme de nuevo en mi destino.

CASTELO BRANCO

Rafic Chahab se negó a venderme la Guía de Plantas Supremas, argumentando que yo no poseía el dinero suficiente para pagarla. Tenía razón. Mi fortuna se redujo considerablemente desde el día en que todos mis sueños se concentraron en la mandrágora azulada. Recuerdo que fue en los Ritos de Invocación donde leí por primera vez el atributo que tenía su raíz de levantar a los muertos. Luego, en la Liturgia Oculta de los Sacerdotes supe que no se trataba de resucitar, sino de establecer un puente entre nuestro mundo y el de ultratumba. Otro libro más, Sombra y Santuario, hablaba de una conexión extraterrena entre el reino de los muertos, los vivos y los dioses, a la vez que hacía referencia al Libro Verde de los Druidas. Diez años tuvieron que transcurrir para que lo encontrara en una biblioteca insignificante de Liverpool y, junto a éste, otro de blasfemia inigualable. El primero hablaba en lenguaje metafórico sobre un espíritu divino que se encontraba en la raíz de la mandrágora azulada, que podía comunicar sus secretos a los hombres; el segundo llevaba por título La Crisálida y afirmaba que aquél que consumiera la raíz de la mandrágora dejaba de ser hombre para convertirse en dios. ¡Ah, pretensión de los mortales, curiosidad de Midas, maldición de Prometeo! Hasta ese momento había gastado la mitad de mi herencia y otro tanto de salud. Mi mujer también se había gastado. Al mes de mis últimos hallazgos tomó un barco en el puerto inglés y yo otro rumbo a América. Jamás la volví a ver.

El tiempo que siguió a mi estancia en la isla se caracterizó por el fracaso. Los exploradores más avezados nunca podían darme una pista sobre la localización de la mandrágora azulada; decían que no existía, decían que estaba loco. En las universidades no corrí con mejor suerte; allí me llamaron charlatán y esotérico. Cansado de recibir negativas de la comunidad científica busqué cobijo en una secta originaria de Asia.

Con ellos aprendí el empleo de las artes negras, la manipulación de los elementos a través de la palabra, los polvos alucinógenos; pero nada tenían que ver esos secretos con el prodigio de la mandrágora azulada. De aquella época mantengo tan sólo un gusto permanente a sangre y mi adicción al opio y al ajeno. Así, de país a país, del Mar Rojo al Mediterráneo, regresé derrotado y casi enloquecido a Portugal, solicitado por un amigo moribundo. Después del funeral pasearía unas semanas antes de volarme los sesos.

La grosera carcajada que el libanés soltó al terminar de oír mi historia me dolió como un clavo en la garganta. Quise maldecirlo y escupir su cara oriental; pero el cuerpo no me respondió. Mi respiración era pesada, mis ojos estaban húmedos. Rafic Chahab lo notó; me ofreció una copa de vino e invitó a tranquilizarme. En silencio acepté. Apuré la copa de un trago y me dejé servir la segunda, abandonando mi cuerpo al sosiego. Pude dirigirle de nuevo la mirada. Él mantenía una sonrisa; pero ya no la sentí ofensiva sino cordial. Me solicitó disculpas por el mal gesto, explicándome que antes de escucharme y saber de mis aventuras me creyó un negociador enviado por Öcalan. Al parecer, el turco quería monopolizar el mercado de los libros insólitos. Paradójicamente, las armas y el opio servían para recaudar fondos cuyo destino era el pago de historiadores de arte, arqueólogos, filólogos, incluso cardenales y demás gente a su servicio. Con tan pocos eruditos en las calles, era más fácil que los libros pasaran inadvertidos en exposición que en la clandestinidad, donde levantarían sospechas; los sobornos hacían el resto. Según dijo, en varias ocasiones, Öcalan había intentado persuadirlo para vender algunos ejemplares, en especial aquel que era motivo de mi visita; pero Chahab nunca quiso proporcionarle ninguno, pues no era prudente reunir en un par de manos el maravilloso vestigio de aquellos libros. Me aconsejó que me cuidara de Öcalan, pues le pareció sospechoso que una persona de la calaña del turco compartiera información con cualquier descono-

cido sobre textos que él mismo anhelaba. Turgut Öcalan mostraba su inventario de obras extraordinarias sólo para indagar lo que otros querían o poseían, obligándoles luego a vender; pero jamás daba la dirección de los dueños. Por último, confesó que le habían dado gracia mis desafortunadas andanzas por considerarlas más dignas de un cuento fantástico que de una exploración seria. Sin embargo, no podía ofrecerme un final del mismo calibre pues la mandrágora azulada no existía más allá de la imaginación de ocultistas y poetas. Por supuesto, me ofusqué. Él, en cambio, guardó la calma y me sirvió una tercera copa, diciéndome que aunque no podría llevarme la Guía de Plantas Superiores, sí conocería lo que ésta dice al respecto de la mandrágora azulada. El temblor de la copa en mi mano reveló mi nerviosismo e hizo que unas cuantas gotas del líquido guinda cayeran sobre la blanca alfombra. Murmuré mi torpeza y me apresuré a limpiar la mancha con mi pañuelo, entre tanto, Chahab me pedía no preocuparme, ya que su sirviente la lavaría en cuanto regresara de su descanso en la capital. Cuando alcé la vista, el libanés se había ido. Mientras lo esperaba pensé que de ser falsa la existencia de la planta, regresaría a Lisboa a concluir lo que había dejado pendiente. Con esto resuelto pude estar tranquilo. Cuando Rafic regresó, tenía en sus manos un libro que literalmente se caía a pedazos. Sin más preámbulo que el sumo cuidado de dar vuelta a las páginas hasta encontrar la indicada, Chahab se aclaró la garganta y comenzó a leer:

MANDRÁGORA NOCTURNA O AZULADA

A diferencia de la mandrágora común se dice que la mandrágora nocturna o azulada, también conocida como Lengua de Juno, es un alimento de iniciación para los dioses y tiene la propiedad de dar atributos divinos a los hombres. A la luz de la luna se debe el tono azulado de su raíz antropomorfa, por lo que sólo puede encontrársele de noche. Cuan-

do es arrancada, su raíz se ilumina de un color parecido al de algunos topacios y muere inmediatamente, desaprovechándose para siempre su poder único y quedando reducida a la mandrágora común. Nadie sabe con certeza en qué características ambientales se reproduce, pero se le ha visto brotar siempre en duplos después de ocurrida una catástrofe. Tampoco se conoce la razón de llamarla Lengua de Juno, aunque se tienen sospechas de que se debe a alguna confusión en el sincretismo religioso al cambiar Hera por Atenea y, por lo mismo, Juno por Minerva, diosa itálica patrona de los artesanos, lo que muestra el origen ancestral de este conocimiento. Si bien, en 1273 Alberto Magno habló de que si tal planta cayese en manos de un rey codicioso todo se perdería, en lo que vamos de historia ningún hombre ha demostrado siquiera la existencia de la mandrágora nocturna, por ello se la debe dejar en el mundo de los mitos junto al vellocino de oro, el cuerno de la abundancia y la fuente de la eterna juventud.

Eso era todo y retuve palabra por palabra de cuanto había leído el libanés. Cuando concluyó no quise objetar sobre la realidad o fantasía de la existencia de la planta. Él siguió hablando, pero nada de lo que decía podía sacar de mi mente el nombre de Alberto Magno, que se repetía como un eco infinito en mi cabeza. Terminé mi copa y me despedí para siempre de Rafic Chahab, cuya cooperación dio otro giro a mi búsqueda. El revólver tendría que mantenerse guardado bajo el chaleco. Esa noche tomé el último tren a Lisboa, de donde al día siguiente me embarcaría a Alemania con escala en Liverpool.

COLONIA

Fueron terribles los días que permanecí en el país germano. La nieve apenas daba tregua por algunas horas de la tarde y recomenzaba al anochecer,

cayendo imparable hasta el día siguiente. Por si fuera poco, las extenuantes búsquedas en las bibliotecas y universidades de Hildesheim, Triburgo, Ratisbona y Estrasburgo resultaron estériles. Los catedráticos más destacados que logré entrevistar coincidían en que la obra de Alberto Magno constaba de no más de treinta tomos en la edición de Borgnet, de los cuales en ninguno aparecía la menor referencia a la mandrágora azulada. En Colonia, tras revisar por quinta vez los escritos sobre zoología y botánica, caí enfermo. Dos meses estuve obligado a reposar en un hotel deprimente, más parecido a un refugio de ladrones y prostitutas que a un lugar de descanso. Bien se veía que me acercaba sin remedio a la miseria. Llegué a creer que mi búsqueda se suspendería por la visita de la muerte. Lo que mis manos no habían podido hacer en Lisboa, la naturaleza, el destino, Dios mismo lo hacía ahora. Confundido por la fiebre me pregunté si no me había equivocado nuevamente, si me empeñaba a encontrar algo que no existía, que nunca existió, y recordé a Tomás de Aquino en su dilucidación sobre la distinción real entre esencia y existencia. Fue, según recuerdo, la primera vez que me envolvió la nube azul. Dentro de ella llegaba el Doctor Angélico acompañado de una sombra que, sin distinguirla, yo sabía que era su maestro. Me di cuenta entonces del absurdo descuido que tuve al no considerar los cinco años que estuvo Alberto Magno en la Universidad de París. Aquella última noche que pasé en el hotel recuerdo que cerré los ojos y dejé mi alma en manos del Señor.

Contra mis predicciones, no tuve que desprenderme de uno de mis libros como había planeado para pagar el hospedaje, teniendo la precaución de guardar algunas monedas para continuar con mi enloquecida aventura. El recepcionista dijo que un hombre había pagado todo hacía una semana, pidiendo la más absoluta discreción. No pudo decirme las facciones de su rostro, pues entre el abrigo, la bufanda y el sombrero apenas se notaba la línea de sus ojos, negros y de mirada inquisitoria. Lo que

sí apreció fue que aunque hablaba en alemán su acento no parecía europeo. Yo agradecí la información con apenas una reverencia y salí del hotel invadido por una mezcla de consuelo y resquemor. Sin duda alguna, el extraño quería facilitarme el camino para llegar a la mandrágora azulada. Había sido poco discreto y más de una decena de hombres en Alemania, y muchos más en otras latitudes, podían haber cambiado de opinión e interesarse en ese misterio. Tal vez querían quedarse con la gloria, con mi gloria de enseñar al mundo la planta de poder incalculable. Después de tantos años de perseguirla no lo permitiría. Me dirigí a la estación del tren y pedí un boleto a Suabia. Allí tomé unos días para reponerme del todo y aproveché para conocer la casa donde había nacido Alberto Magno, ahora convertida en museo. Un excelente cuadro en donde aparecía el religioso de cuerpo entero sobresalía entre los demás exquisitos objetos llenos de historia. No sé cuánto tiempo estuve observándolo; pero cuando parpadéé dos finas gotas escurrieron de mis ojos. Tres horas más tarde abordé un tren a Luxemburgo y de allí otro a París.

PARÍS

Finalmente, tuve que vender un libro para sostener mi estancia en París; sin embargo, esta situación me volvió a poner en camino de la mandrágora azulada. Todo ocurrió cuando a las dos semanas de trabajo infructuoso en la biblioteca de la universidad, escuché que una estudiante en tono afligido solicitaba al bibliotecario un raro material que incluía las obras de Petronio y Crates, fundamentales para argumentar su tesis doctoral. El señor Belo, de quien se veía un amplio conocimiento originado por la experiencia de muchos años al frente de la colección más importante de libros en toda Francia, explicó a la joven que en el caso de Petronio se debería dirigir a la Biblioteca Nacional de Italia, en Roma; y en lo que concernía a Crates, sus Memorias habían sido robadas hacía cuarenta y

cinco años aproximadamente y no conocía en toda Europa otro lugar en donde encontrarlas. Y seguramente así sería pues, según la guía de Öcalan, sólo se tenía conocimiento de sesenta y cuatro ejemplares reproducidos de las Memorias, siendo poco probable que encontrara uno en alguna de entre todas las librerías y bibliotecas, públicas y privadas, de Francia. Pero ese día el destino, ¿la fatalidad?, se cruzó en nuestro camino.

Salí de la biblioteca y esperé a que la muchacha hiciera lo propio. Afuera, la tarde enrojecía las paredes de los edificios y los árboles que competían con ellos en longevidad. El reflejo del sol cayó justo en mi rostro cuando la puerta se abrió impetuosamente. La alumna salió y de no hacerme un lado casi tropieza conmigo. Reconocí su mirada perdida en la mía, su aspecto de fantasma en el mío. Compartíamos la misma enfermedad de búsqueda infructuosa. El síntoma era evidente: las calles, la gente, el mundo entero deja de tener importancia; se oculta, se desvanece atrás del sueño inasible. ¡Ah, si yo conocía de eso! ¡Si yo moría de eso! Acaso si no hubiese tenido la necesidad de venderle el libro con el que Fortuna me recompensaba, de todos modos se lo habría dado, como un chamán da el antídoto al espíritu emponzoñado.

Quedamos de vernos al día siguiente en Le Vieil Alchimiste, un café cercano al Sena. Su nombre era Ellen de Gaulle. Tenía veintinueve años y era originaria de París, aunque a mí se me figuraba más parecida a una española de Sevilla o de Granada. Con su nariz aguileña, ojos y cabello negros, piel morena y baja estatura sobresalía tanto entre la delicadeza de las pálidas rubias como entre los cuerpos atléticos y concupiscentes de las negras francesas. Era, si se le permite expresarse así a un viejo poco relacionado con las modas estéticas, fea como un verdugo sin capucha. Sin embargo, su discurso desbordaba inteligencia y pulcritud. No le faltaba una palabra, pero tampoco llegaba a la petulancia del academicista. Nada de lo que decía era fortuito y nunca citaba en latín o griego, sino en el hermoso gorgoreo de su lengua. Platicando así saltamos de épocas

y autores hasta llegar al motivo de nuestra reunión. Desde el principio no mostró impaciencia, aunque yo sabía que la tenía. Esa cierta soberbia le daba un toque seductor, por lo menos para mí. Saqué del bolsillo el libro y lo puse en la mesa. Ellen de Gaulle lo vio apenas un instante sin tocarlo. Luego, como si nada hubiese sucedido, llamó al mesero para pedir una copa de Burdeos, que el garçon trajo al instante. Seguimos conversando de Crates y algunos otros parias por convicción; por fe, decía ella. En el momento en que fui al baño ella desapareció. Cuando regresé el libro de Memorias no estaba y bajo mi copa había un cheque por una cantidad aceptable. Al alzarlo vi un papelito doblado donde estaba escrito el lugar, la fecha y hora de nuestro siguiente encuentro.

Durante los meses que siguieron a aquella primera cita se hicieron frecuentes mis conversaciones de café con Ellen de Gaulle. Casi todas las noches, después de salir de la biblioteca, nos íbamos a Le Vieil Alchimiste y conversábamos de historia y literatura por horas, y siempre resultaban victoriosos los autores muertos. Alguna vez me preguntó si preferiría vivir por siempre o ser recordado por siempre. Volvieron las nubes azules a cubrir mi cerebro y no supe contestar. Verdaderamente, ¿para qué quería encontrar la mandrágora azulada? ¿Para existir por ella en la memoria de los hombres? ¿Para existir por ella más allá de la vida de los hombres? Opté por la salida fácil, barata, diciéndole que de eso el tiempo se encargaría. Ellen de Gaulle sonrió con fastidio y dijo que tenía que irse. Yo me quedé como triste imbécil viendo en mi taza de café su fondo azulado.

A la mañana siguiente, Ellen de Gaulle no llegó a la biblioteca. En lugar de su presencia reconfortante recibí una nota, que me entregó el señor Belo, donde decía que su investigación en París había terminado y ahora se iba a Lyon para redactar su tesis. Me dejaba la dirección de la casa de su mentor, cuyo código postal me serviría para escribirle. Me deseaba suerte en mi “recherche mystérieuse” y esperaba pronto tener noticias mías. Una fría despedida y eso era todo. Hasta entonces me di

cuenta de que en todas nuestras charlas nunca le había hablado de la mandrágora azulada. El resultado de la imprudencia que tuve en Alemania me había vuelto receloso. Que un mecenas anónimo sufragara los gastos de mi enfermedad en Colonia me hacía sospechar de todos los intelectuales con que me topaba en la universidad de París. También mis suspicacias habían tocado de alguna manera a Ellen de Gaulle. Tanto ella como el señor Belo sabían que estaba interesado en la obra de Alberto Magno, pero no conocían lo que realmente motivaba aquel interés. Sin embargo, con ese mensaje, Ellen de Gaulle me dejaba su reproche en clave: la “búsqueda misteriosa” más allá de Alberto Magno no se la había confiado; se había dado cuenta y me lo reclamaba. En verdad no tenía ninguna razón para desconfiar de Ellen de Gaulle; al contrario, ella había aparecido en mi vida como un ancla que me mantenía al paio en los mares revueltos de mi obsesión. No se lo dije hasta la última carta que le escribí, donde anunciaba que iría a visitarla y que enseguida —palabras más, palabras menos— transcribo:

Señorita Ellen de Gaulle:

Para comenzar quiero disculparme con usted por no poder complacerla en tratarla de modo más familiar, como me ha solicitado desde su primera carta, misma que guardo junto a mis papeles más queridos. A mi edad las viejas costumbres no son fáciles de abandonar y no creo que me haría más “cercano a usted” con cambiarlas. Así, aunque yo deseara escribirle “mi querida Ellen” o “querida Ellen” o “Ellen” a secas, de hacerlo me sentiría un bobo senil que quiere aparentar la dulzura propia de los adolescentes, y en mi persona eso más que tierno se vería ridículo y vulgar. Aclarado esto, señorita Ellen de Gaulle, ahora le relato lo que me ha acontecido desde la última carta que tuve el placer de enviarle.

Presiento que nuevamente he perdido mi tiempo en indagaciones infructuosas. La semana anterior logré tener acceso al archivo histórico de la biblioteca con ayuda del buen Belo (a quien, por cierto, hace unos días lo han llevado a su país de origen porque cayó víctima de una meningitis fulminante). Tuve entre mis manos los manuscritos originales de Alberto Magno, redactados durante su estancia en París. Fuera de la inigualable sensación que se presenta cuando se está en contacto con lo imperecedero (sensación que he tenido, por ejemplo, en Rodas, en el Cairo, en Beijing o, frente al Taj Mahal, en Agra), no pude encontrar la luz, la brújula que me orientara hacia aquello que mi alma vacua necesita. Alberto Magno se ha portado displicente conmigo. No ha querido revelarme el gran secreto, ni siquiera mostrármelo en forma de enigma inviolable. Traduje con exactitud matemática palabra por palabra, frase por frase, aquellas reflexiones maravillosas de su pensamiento: ¡la Trinidad, la razón humana! Pero no estaba allí lo que he visto en sueños, mi alimento de inmortal. A veces pienso que tan sólo soy un viejo tonto insatisfecho de la vida, un caballo decrepito al que al nacer le fue colgada una zanahoria de la frente y toda la vida ha andado bajo su sombra. Y en esta persecución absurda apareció usted, Ellen de Gaulle, tras sus propias zanahorias y sus propios muertos. Feliz de mí que pude acercarle el fruto para que se detuviera a mi lado. Usted, sin embargo, nada puede hacer por librarme de mi trampa colgante, ni tiene por qué hacerlo pues desde el principio se la he ocultado como una sífilis vergonzosa (perdone la grosería de la imagen). De cualquier manera, usted me arrojó una cuerda y la ató a su palabra inteligente, al café en la madrugada. ¡Cómo agradezco al negro que me obligó a comprar el libro que usted anhelaba! Tiempo después nuestras suertes confluyeron

esa tarde en la biblioteca: usted por encontrar a Crates, yo por encontrarla a usted. Qué descanso fue a mi paso fatigado, agua fresca a mi sed incontenible. Usted, señorita Ellen de Gaulle, logró que yo pensara, aunque fuese por unos momentos, en otros misterios que desde hacía varios años ya no valían nada para mí; los consideraba insignificantes ante la majestuosidad del enigma que me proponía resolver. ¿Qué era para mí Colón? Un fatuo. ¿Qué ante mí Galileo? Un lerdo. Pero usted con su lengua suave empezó a hablarme de Crates y de Clodia, de Angiolieri y Petronio. Cuán diferente sonaban en usted los últimos días de Lucrecio; cuán bella, cuán embriagadora melodía salía de usted al decir: y por vez primera, estando loco, conoció el amor; y esa noche, tras haber sido envenenado, conoció la muerte. Ay, Ellen de Gaulle, qué manera tuvo usted de tranquilizar mi sueño, aunque fuera por un instante, unos segundos de Roma, de Nápoles, de Sicilia y del mar Tirreno. Breves soplos de cadenciosas olas, del espejo terso frente al que Juno se acicalaba los cabellos. Y de pronto ese azul de mar se concentraba violentamente en un sólo punto con forma humana, como si un remolino engullera todo lo que se encontrara a su entorno, recomenzando así la pesadilla.

Ahora, desde que partió usted a Lyon, han regresado con mayor hostilidad mis ataques de angustia: mis manos tiemblan y arden mis ojos; siento como si un gusanillo escarbara dentro de mi sien derecha. Únicamente, el opio logra tranquilizarme. Yo sé que nada de esto se debe a algún padecimiento físico, sino a lo que las nuevas ciencias han catalogado como neurosis. Por si fuera poco, creo que mi paranoia ha aumentado a grado tal que durante mi investigación en el archivo me sentí acechado por una sombra. Cuando volteé la mirada hacia donde debería estar la causa de mi turbación, nada encontré. Me hallaba solo

entre esas pilas de papeles amarillentos. Al día siguiente se lo comenté a Belo y me dijo que el director del archivo acostumbraba a “cuidar” por sí mismo a los extranjeros que se interesaban en ese tipo de documentos. No obstante, ese día el director no asistió a la universidad por resolver “asuntos personales” en Lyon, precisamente. ¿Qué he de pensar de esto, señorita Ellen de Gaulle? ¿Que hay alguien más pendiente de mis investigaciones? ¿Que el fantasma de Alberto Magno me persigue? ¿Que me estoy volviendo loco?

En pocos días nada me sujetará a París. Tengo planeado, si usted así lo desea, ir a visitarla a la dirección que me ha confiado. No quisiera terminar mi vida embargado por la desazón del fracaso. Necesito de usted, Ellen de Gaulle. Si yo pudiera... si me lo permitiera... Después partiré de Lyon a encontrarme con mi muerte anónima. Pero no quiero atemorizarla ni llenarla de desasosiego. Quedemos por hoy con mi alegría de poder volver a verla. Hablaremos de nuestros autores muertos, hablaremos de nuestros queridos inmortales.

Con la esperanza de su pronta compañía,

G.

LYON

La resaca me hizo despertar con el cuerpo entrecortado y la cabeza a punto de estallar. ¿Qué había sucedido? ¿Cómo un hombre como yo había caído en tales excesos? La frustración, la indiscreción, el deseo; todo había convergido para que en esa terrible noche Ellen de Gaulle y yo abandonáramos nuestros cuerpos para cedérselos a los espíritus de Hiparquía y Crates. ¡Cuánto dolor, cuánto sufrimiento has de pagar todavía, Adán, por el fruto maldito!

Cuando llegué a la residencia del doctor Antoyne Boucel, Ellen de Gaulle me recibió con la noticia de que su mentor había salido aquella mañana a París y no volvería en tres días; no obstante, le había dicho que no permitiría a un colega hospedarse en cualquier tugurio y recomendaba que me preparasen el cuarto de huéspedes. Ella, entre tanto, ocuparía la recámara principal. Al principio me opuse, influenciado por mis prejuicios sobre la hospitalidad francesa, si es posible tal oxímoron, pero sólo tener la conversación de Ellen de Gaulle por tiempo indefinido me hizo finalmente aceptar la invitación. Así empezaron a anudarse los hilos de mi destino.

Después de la comida (crema de nuez, baguettes y carnes frías), el café estuvo amenizado por Bocaccio y Milton. Ellen de Gaulle prefirió la sublimidad erótica de la pareja edénica a la incipiente perversión medievalista. Luego, yo sugerí hablar de los trágicos y ella me pidió elegir entre la botella de Burdeos y la de licor de ajeno. Parecía que todo lo que estaba sucediendo pertenecía a un plan maestro. El vino fluía en mi sangre animando mis demonios y mi lengua, calentado mi pecho y mis entrañas, como un líquido tibio que lubricaba una maquinaria detenida por mucho tiempo. Entonces, nuestros queridos muertos se intercalaron con algunos episodios de mi vida, los más alegres, los más dolorosos: Inglaterra, Leonor y su abandono en barco después de que yo la abandonara por una aventura que había imaginado no sé qué genio de Las Mil y Una Noches, cuyo sueño nunca importó a Sherezade. Las palabras salían desenfundadas. Ellen de Gaulle bebía de su copa y sonreía. Poco hablaba de ella misma. En vez de contestarme por qué no frecuentaba el teatro o la ópera, me habló de Aristófanes y el impulso dionisiaco. Nunca me lo dijo, pero yo podría asegurar que su orgullo no la dejaba exhibirse en actos de alta etiqueta, hombres afeitados, mujeres esculturales, frente a su fealdad evidente. Sin embargo, yo estaba cada vez más absorto en sus labios toscos enjugados en oloroso vino, versos orientales y carne terrena.

Si en ese momento le hubiese propuesto intimidación, tal vez se habría negado, salvándome; pero en lugar de hacerlo, invoqué en una nube de opio la presencia de Alberto Magno, y las sombras de la noche que ya caían sobre nosotros se iluminaron de un azul exasperante. La casa, el comedor, el humo de opio que exhalaban nuestras bocas, todo azul. La mano de Ellen de Gaulle llevó el vino azul a sus labios antes de decirme que el doctor Boucel me había dejado un recado: si existía el manuscrito que buscaba, no lo iba a encontrar en Francia ni en Alemania, sino en Padua, en el convento dominico. Entonces Ellen de Gaulle también se hizo azul. Yo, borracho como estaba, tomé su ayuda como una traición. Le reclamé su imprudencia. El sabor a sangre se hizo cada vez más intenso. Ella, más afectada por el opio que por el licor, me mandó al diablo con un insulto entre sus labios sonrientes. Juro que yo nunca he sido violento, pero aun así le crucé el rostro de una bofetada. Me miró primero sorprendida y luego retadora y la golpeé dos veces más. Ella se aventó sobre mí y logró mordirme bajo el cuello. De su garganta salía un aullido en el momento en que clavaba sus uñas en mis hombros. Forcejeamos. Mis manos apretaron su garganta azul mientras ella me golpeaba las costillas. El dolor en mis costados no me impidió que acercara su rostro al mío y besara sus labios, los mordiera con frenética lujuria. Ellen de Gaulle cabeceaba tratando de librarse de mi hambre súbita. Nada me importaba; estaba loco, ciego de azul locura. De un tirón abrí su blusa y metí mi boca entre sus pechos, pequeños y redondos como uvas moras. Sus puños caían sobre mi cabeza y mi espalda. Yo, prendido como un perro de pelea y ella golpeando, golpeando, arañando y acariciando, dejándose caer también loca y jadeante sobre el suelo helado.

Nada hablamos de lo sucedido. Como no tenía más que hacer en Francia, adelanté mi viaje, sí, con destino a Padua. Ellen de Gaulle escribió a su mentor una nota y bajo el cielo azul del mediodía partió conmigo.

PADUA

En Nápoles escribí una carta a la Universidad de París pidiendo noticias sobre el estado de Belo, pues durante mi estancia en la capital francesa me había brindado, más que ayuda, su amistad y no había tenido oportunidad de despedirme. Al final aclaré que no me era posible estar en una dirección fija, pero que la señorita Ellen de Gaulle estaría al pendiente de la contestación desde este lugar. Acto seguido me despedí de ella, que prefería quedarse para visitar la biblioteca de la ciudad, y abordé el primer tren a Padua. Un día después, al anochecer, llegué al convento.

Apenas iluminado por tres velas, el rostro del decano Giovanni Bagli, director del convento dominico, se tornó más lúgubre cuando empezó a contarme la historia. Tras la puerta de su despacho el silencio nocturno apenas era interrumpido por los pasos del hermano Julio, quien hacía guardia esa noche. Fuera de él y de nosotros, todos los demás dormían.

Según el decano, ya no tenía ningún objeto mantener en secreto aquellas páginas que Alberto Magno había disfrazado como parte de sus estudios en botánica y que versaban sobre una supuesta mandrágora de color azul luminoso. Continuar con esa necedad equivaldría a postergar un mito que desvirtuaba la vida y obra del egregio alemán. Sin embargo, me previno que si bien lo concerniente a la planta no era más que una argucia para salir de un problema, lo que ésta había desencadenado en los círculos de poder italianos y germanos, comenzando con el rey Otokar II Premysl, pertenecía a los más oscuros pasajes de la historia. De esta manera, inició su relato diciéndome que aquel monarca, enfermo de codicia, había solicitado a todos los eruditos de los reinos germanos que descubrieran para él un objeto milagroso, un arma invencible, una pócima suprema que le permitiera llegar a ser el amo y señor de todas las tierras. Cuando el exobispo de Ratisbona se negó a obedecerle, el rey mandó a decirle que, de no colaborar, su cabeza en una picota adornaría

los jardines de su palacio en Istria. Fue así que Alberto Magno estudió incansable la ciencia árabe y judía, aparte de los griegos que ya conocía con Aristóteles. Durante este tiempo Alberto desapareció. Algunos dicen que lo vieron en África y Oriente Medio. Una madrugada llegó a este mismo convento y esperó la primera hora del día para hablar con un antiguo predecesor de Bagli, de nombre impronunciable. Conversaron en secreto y se dice que en esa reunión Alberto le enseñó al decano dos manuscritos iguales, cuyo contenido escandalizó al anfitrión. Uno se insertó dentro de los estudios botánicos en un ejemplar único, que se guardó en la biblioteca del convento bajo pena de excomunión a quien lo leyese. El otro tenía como destinatario Otokar II. El anciano director, conociendo que Alberto dominaba con maestría la alquimia, quiso convencerlo de detener esa locura, pero el genio ya estaba decidido. El decano besó la mano de Alberto y lo dejó partir.

En este punto de la historia escuchamos un ruido seco afuera de la habitación. El dominico calló y vio hacia la puerta como esperando que el hermano Julio le informara qué sucedió. No fue así, ya que enseguida recomenzamos a oír sus pasos alejándose y acercándose como antes. Quitamos importancia al asunto y él continuó narrándome lo sucedido después de que Alberto Magno abandonara Padua.

Cuando el Caminante de Suabia llegó con su hallazgo al convento dominico habían transcurrido cinco años desde que fuera obligado por Otokar II a servirlo. La situación política era difícil y el bohemio se había convertido en el monarca más poderoso del Sacro Imperio Romano Germánico; pero su ambición no se colmaba y exprimió a cuantos le podían dar ventaja en sus afanes expansionistas. Sólo le faltaba ceñirse la corona alemana. Fue entonces que sus espías le avisaron que Alberto Magno estaba transitando cerca de los límites germanos. Otokar II mandó a decapitarlo si no traía consigo aquello que lo convertiría en el señor más poderoso de las tierras conocidas. Alberto le entregó el manuscrito y fue liberado. Poco

antes de que llegara el mensajero de confianza con los pergaminos, Otokar II fue vencido por el ejército germano-húngaro al mando de Rodolfo I. El manuscrito no se encontró entre las ruinas.

A partir de su caída, el círculo más cercano de Otokar II filtró información sobre un documento, la receta de algún brujo, que esperaba el bohemio para imponerse a sus adversarios; pero que no había llegado a tiempo. Lo que decía aquel escrito fue transmitido de boca en boca, con la consecuente transformación de la realidad en fantasía. Casi nadie había visto el texto, pero muchos coincidían en que se trataba de invocaciones a espíritus monstruosos; otros, que eran las instrucciones para dar vida a un ejército de arcilla con el propósito de reforzar las huestes del perverso rey; otros más, que era el contrato de una vida totalmente placentera en la tierra por otra colmada de tortura en el infierno. Los hombres más poderosos enviaron a sus esbirros en secreto a conseguir la verdad sobre el manuscrito, pero no lo lograron. Un par de siglos después, Lucrecia Borgia se interesó en lo que ya empezaba a ser una leyenda. Para dar con el original perdido pagó a un intelectual de nombre Rafael Mezzogiorno, hombre de astucia y malignidad destacada apodado Il Bishop Nero. A decir del decano, la duquesa de Ferrara destinó una gran cantidad del tesoro de los Estados Pontificios para comprar a nobles y altos clérigos. Cuando el oro no funcionaba, el Alfil Negro pagaba con su acero. Así, de bolsa en bolsa y de muerte en muerte, Rafael Mezzogiorno fue acercándose cada vez más al gran secreto, y Lucrecia sentía que estaba a punto de cosechar el fruto de la semilla más costosa que se hubiera sembrado, pero no lo logró. Un día, Mezzogiorno desapareció. Lo último que de él se supo fue que merodeaba en las fosas comunes que recogían los cadáveres de las guerras por la sucesión del trono de Nápoles. Algunos cuentan que fue confundido y ultimado dentro del combate; otros, que fue la mano de una mujer quien, aprovechando a la muchedumbre, le clavó una daga por la espalda. La mayoría coincide en que su cuerpo fue arrojado anónimamente a las fosas que tanto frecuen-

taba. Lucrecia, pese a todo lo que había invertido, no refirió ni una palabra a sus fieles sobre el asunto. Murió tres años después.

Con el transcurrir del tiempo hubo otros que emprendieron la búsqueda, entre los que destacan Luis XIV, Fernando II, Napoleón y Mutsuhito; pero nadie se acercó más que otro italiano, el Gran Cagliostro, quien estando en prisión, próximo a su muerte, aún gritaba sobre una poderosa planta de raíz azul como el corazón de Dios. Unos cuantos que vieron su cadáver dijeron que el hereje había suplantado su cuerpo y escapado. La Iglesia dio el caso por concluido.

Paulatinamente, los gobiernos y los codiciosos fueron perdiendo interés en el misterio de Alberto Magno, quedando sólo algunos aventureros románticos que hicieron de la mandrágora azulada paja de oropel para llenar su existencia. Pocas veces en menos de treinta años se sabe de más de un hombre en su búsqueda. En los últimos veinte años yo era el segundo que había llegado al convento. Al primero se le dijo que el manuscrito se había purificado con fuego; conmigo el decano pretendía terminar con la leyenda. Desprendió unas hojas dobladas en cuatro de un libro abandonado al polvo. Se cubrió los ojos con la mano huesuda y temblorosa; guardó silencio. Yo, mareado, con la sensación de vomitar, de reír, de morirme, abrí las hojas a punto de partirse en cada doblez. Las letras azules, inclinadas como serpientes, entraron en mis ojos. Azul el decano, azules la velas, todo azul. La sangre azul en la frente del hermano Julio cuando abrió la puerta de golpe.

MAR ROJO

El fraile no vio a su agresor; fue una sombra, dijo. El candil cayó sobre su cabeza movido por una mano invisible. Una sombra, un fantasma. El fantasma de Alberto Magno o Cagliostro que regresaba del mundo de los muertos. O fui yo que he empezado a imaginarme cosas.

Tuve que salir a cubierta y respirar el aire salino. Dejé a Ellen de Gaulle dormida, acurrucada como una paloma envuelta en frío. La había alcanzado en Nápoles y simplemente le dije que teníamos que cruzar por el canal de Suez rumbo a Yemen. En veintiocho días se repetiría el fenómeno de luna azul. Por supuesto, no íbamos a Yemen; pero después del ataque al dominico decidí no contarle todo para protegerla. ¿O para protegerme? Aún no sabía.

Pasamos sin contratiempos el estrecho de Messina y las Islas Griegas, donde Ellen de Gaulle recordó que debía entregarme la contestación de la Universidad de París. No fueron buenas noticias: Belo se estaba muriendo; sólo en algunos momentos de lucidez pedía hablar conmigo, al parecer pretendía cederme algo de su acervo bibliográfico. Tomé la carta y la guardé en el bolsillo de mi chaleco.

Cerca de Egipto, la amenaza de un temporal nos hizo perder un día en Alejandría sin bajar del barco, continuando nuestra ruta hacia las seis de la mañana. Hace algunas horas dejamos muy atrás el canal de Suez y pronto llegaremos a tierra. Durante todo el viaje he tenido las mismas visiones que me ahuyentan el sueño; pero sólo hasta hoy necesité subir a tranquilizarme escuchando el mar que refleja un cielo sin estrellas. Me acerqué a la roda y encendí un cigarro. Dejé que la flama tricolor fuera consumiendo la cerilla. El puñal malayo brilló tras de mí en todo lo alto. Llevé instintivamente la mano a mi costado, el revólver no estaba. La luz entre mis dedos cayó, perdiéndose en el abismo oscuro que no diferenciaba el cielo del mar. El arma iniciaba el descenso rápido como el ave pesquera, cuando dos disparos iluminaron la proa. El puñal quedó clavado en la madera, empuñado por Abacha que murió en el acto. A unos metros de nosotros, Ellen de Gaulle sostenía el revólver humeante.

AL-MUJA

Frente al estrecho de Bab al Mandab dije a mi querida Ellen todo lo que había descubierto sobre la mandrágora azulada, desde las primeras líneas de los Ritos de Invocación hasta las últimas del manuscrito de Alberto Magno. Con este último, y lo que el decano dominico me había platicado de Rafael Mezzogiorno, supe en dónde encontraría la raíz preciosa. Según el maestro de Tomás de Aquino se requerían cientos de cadáveres en descomposición, de los cuales se nutría la planta para crecer. Conozco dos fenómenos que dejan cúmulos de muertos: uno es la guerra y el otro, el hambre. Etiopía contaba con ambos. Por otro lado, para mantener la raíz viva con todo su poder es indispensable que la luz que reciba sea la adecuada. La Guía de Plantas Supremas indica la luminosidad de la luna; pero Alberto Magno no habló de cualquier luna, sino de “la segunda pupila que hace más bello un mismo rostro, la que completa el rostro de la misma noche”. Los que creyeron que era una alusión al mes de febrero, fracasaron; los que se dedicaron a contar lunas se perdieron. Ah, hermosa luna azul, la segunda luna llena de un mismo mes; mienten los que dicen que eres igual a las otras. Es tu luz apenas más tenue y fría, casi imperceptible, como la muerte que apenas inicia en un hombre sin saberlo. Es tu luz la que prolonga la vida de la carne de Dios.

Mi Ellen adorada temblaba, yo creí que de alegría. Por eso me atreví a decirle que yo sería el primer hombre en llegar al entendimiento divino. La mandrágora azulada invertiría el proceso universal de la Creación en mí, encontraría el *ante rem*, el principio de Todo.

Ellen pasó de la incredulidad pasiva a la exasperación. Me dijo que los universales de Alberto Magno no alcanzaban a ser más que una postura anacrónica de cómo se generan las ideas en el hombre. Yo le dije que eso era lo que él quería que pensáramos; pero ella usó, ahora sí, un academicismo pedante en torno a la epistemología. Yo no comprendía su falta de cor-

dura. Empezó entonces a contarme una historia del todo confusa, cómica, desconcertante. Me habló de un gran negocio de los libros antiguos, de cómo un manuscrito original tiene más valor que la vida de un hombre; de que su mentor, el doctor Antoyne Boucel, no era otro que su padre y que él mismo había tramado todo desde Castelo Branco, cuando su fiel sirviente, el negro Abacha, le informó que un extraño había llegado al negocio de Öcalan buscando una rareza. Rafic Chahab le ordenó que me enganchara por medio de un libro de mediana monta, para luego utilizarlo a su conveniencia. El negro eligió por azar las Memorias, de Crates. Cuando un día después me presenté ante el libanés, él ya tenía preparada la farsa en la que Turgut Öcalan sería mi despiadado asesino. En el momento en que Rafic supo de mi obsesión por la mandrágora azulada, vio la oportunidad de conseguir por mí el texto mítico de Alberto Magno; posteriormente, Abacha me mataría y su patrón turco sería culpado. Pero un factor modificó los planes: yo iba tras la pista de algo más importante, trascendental y, por lo mismo, más valioso que el manuscrito en sí, y su padre estaba dispuesto a conseguirlo a cualquier costo. Fue por eso que ella compró mi confianza y mi vida con la sangre del negro.

Al terminar de escucharla me eché a reír frenéticamente. ¿Cómo podía creer que sólo se trataba de dinero, cuando yo hablaba de divinidad? Mi querida Ellen, o se mofaba de mí o se había desquiciado. A quién le importan los textos enmohecidos, si no son más que obras de muertos, cuando yo me proponía crear desde la inmortalidad. Sólo a una loca, a una loca que, apuntándome con un revólver azul, me pedía el original de Alberto Magno. Su mano temblaba tanto que le era difícil tirar a matar. Yo no entendía nada. Igual que en mis pesadillas estaba siendo absorbido por un remolino azul, en el que de un lado del vórtice está Ellen de Gaulle apuntándome y en el lado de adentro estoy yo aventando un manojo de papeles viejos al mar, corriendo en la arena, escuchando un disparo que se perdió para siempre en la azul noche.

NAZRET

Casi desde las primeras horas del día venían los camiones de Addis Abeba y Debra Zeyit, principalmente, con decenas de cuerpos apiñados en sus plataformas. Luego, las cajas se inclinaban dejando caer su contenido igual que si se tratara de grava o estiércol. Todos los cadáveres se parecían entre ellos, de la misma manera que ocurre con los esqueletos; sólo algunos tenían la particularidad de haber sido baleados en el pecho o en la cara. Así había sido desde que empezó la revuelta civil, y tal vez antes con la hambruna, por lo que el gobierno se vio en la necesidad de multiplicar las fosas en el área, formando de este modo el depósito más grande de cadáveres de su tiempo.

Al anochecer, todos esos cuerpos en descomposición provocaban innumerables destellos de flamas erráticas, producto del fosforo de hidrógeno, que alumbraban la tierra en su recorrido. Aquel espectáculo maravilloso adornaba las enormes cárcavas que como bocas hambrientas esperaban ansiosas el amanecer, mientras en el cielo la luna llena en el cenit alumbraba mi camino con su luz mortecina. Poco a poco fui avanzando entre las fosas y los matorrales. De vez en cuando, el viento impregnaba de azul arena mi rostro y en más de una ocasión tropecé con los cuerpos que salían del borde de la gigantesca tumba. Entonces, a ras de suelo me parecía ver la mandrágora azulada; pero al arrancarla me quedaba en la mano tan sólo hierba seca. Así fui abarcando el hórrido cementerio, arrancando hierba y rosas de Jericó, tropezando con muertos, arrastrándome entre el fuego azul que salía de la tierra, como si el Cielo y el Infierno se juntaran en este cementerio azul, donde yo arrancaba y comía hierba y tropezaba y comía muertos, que es de lo que nos alimentamos los dioses.

LISBOA

He consumido el último tercio de mi vida en busca de la mandrágora azulada. Caminé la enigmática Asia, navegué por los ríos más indómitos de América, recorrí el globo entero. Casi convencido de haber perdido el tiempo y la razón persiguiendo una quimera, salí de un puerto de África Oriental con la idea de terminar mi obcecación en un pequeño hotel de Lisboa, ciudad donde un amigo desahuciado reclamaba mi presencia.....

ANANKÉ

Uno debería estar en este mundo para hacer lo que más le agrade. Si a mí, por ejemplo, me hubieran dado la oportunidad de elegir, habría sido un granjero a las faldas de la montaña. Sí, una enorme granja con ovejas, pollos y gallinas; algunas hortalizas, árboles frutales, y un perro pastor que brincara entre las piedras de un arroyo cuya corriente se perdiera en el bosque fresco e impenetrable. O podría haber sido un marinero, tal vez de un navío artillado; acaso sería el que disparaba el poderoso cañón contra un barco de bandera enemiga. Mis ropas estarían olorosas a pólvora y sudor, y mi cuerpo tendría la fragancia del ron y la mujer corriente. Todo lo que deseas en la vida se va al caño cuando creces. Vienen a atiborrarte la cabeza con palabras como responsabilidad, prudencia, esfuerzo y, de repente, terminas siendo un abogado, un contador; el imbécil cobrador de impuestos que algún día soñó que sería otro hombre: un héroe de Las Mil y Una Noches, o no, mejor un asesino, o incluso el más bello de todos, un loco de mirada perdida en la oscuridad insondable.

No sé en cuál de todos estos futuros que nunca sucedieron pensaba Edward Van Clark aquella mañana de diciembre en que llevaba a su hijo al edificio Träumerei, al oeste de la ciudad. El pequeño Eddy, niño de diez años e inteligencia prodigiosa, había descubierto desde hacía varias navidades las falacias de los adultos con respecto a las fábricas en el Polo Norte y el tortuoso camino de Belén hasta América, y, sin menor drama, convenció a su papá de que en adelante le permitiera acompañarlo en las compras de los regalos, incluido, desde luego, el suyo. Con ese motivo habían recorrido calles y plazas hasta la torre de trece pisos, cuyas ventanas reflejaban un

día nublado y apacible. Aunque no pasaba de mediodía, las letras del edificio titilaban con colores rojos, naranjas, azules y amarillos, propios de la época; aunque también, como si cada foco fuera una pequeña chispa de fuego, o al menos así lo consideró Eddy antes de que la puerta automática se abriera de par en par.

Es gracioso cómo todos esos empleados pierden la dignidad tan fácil. Seguramente, tú encuentras divertido vestir con medias verdes y sombreros puntiagudos, a lo Peter Pan; pero hacerlo a tus treinta años frente a tus vecinos y por un sueldo es no tener autoestima en absoluto. Ni siquiera las muchachas con minifaldas aterciopeladas de color rojo podrían aparentar más fantasía navideña que amorosa. Veinte, veinticinco años, y teniendo que enseñar las piernas para mantener un empleo miserable. Pero antes, ellas habrían querido ser biólogas o médicas. O, ¿por qué no?, las clásicas princesas rescatadas por el príncipe a caballo. Una de ellas, grotesca mezcla de mujer árabe y camello, indicó a Edward Van Clark el elevador que los conduciría a la juguetería en el tercer piso. Su hijo, a quien ofendía mucho que lo llamaran Edward Junior, fue el primero en entrar y no resistió la tentación de apretar todos los botones, del primero al decimotercero con el fin de que el elevador se detuviera en cada uno de ellos. Edward Van Clark lo reprendió con la mirada; pero en el fondo le daba enorme satisfacción descubrirlo en sus travesuras de niño, esa edad en que los sueños todavía se realizan.

El elevador abrió sus puertas en el primer piso. Edward Van Clark vio el departamento en donde se hallaban los muebles domésticos. Elegantes sillones de lustrosos colores, recámaras fastuosas con cabeceras acolchadas, comedores de ébano y centro de mármol. Todo con facilidades de pago cargadas a una deuda de tres años. Edward entonces tuvo un pensamiento que duró lo que tardó en cerrarse otra vez el ascensor: tenemos la oportunidad de pagar en el futuro nuestros pequeños placeres terrenales del presente. Si me vendieran la oportunidad de cambiar mi vida de ofici-

nista por la de un ladrón de bancos, un falsificador de arte o de un espía a sueldo, con gusto pagaría lo que me pidiesen cada año hasta que llegue mi muerte.

El elevador volvió a detenerse. Eddy soltó una exclamación de asombro y mostró a su padre con el dedo la aglomeración de mujeres alrededor de los percheros de donde colgaban blusas, faldas, pantalones, abrigos y vestidos que las transformarían en las mujeres más bellas de la Noche Buena. Algunas se miraban con gusto y otras, como es natural en estos casos, sin disimular su envidia. Mujeres jóvenes, mujeres atractivas, mujeres feas y viejas como su esposa; cansadas de la rutina en casa; con los mismos quehaceres, las mismas ollas, los mismos platos, escobas, trapos, y esposos oficinistas que llegaban aburridos a comer las lentejas de siempre. Pero si él, Edward Van Clark fuera el Corsario de su Majestad, si navegara, a toda vela, con el viento azotándole el rostro; si atracara en el puerto de Estambul bajo un sol cálido, seguramente lo esperaría una muchacha mora de ojos como imanes; lo llevaría a la mejor taberna y comería un gran filete de pescado sazonado con ricas especias antes de hacer el amor entre los huesos de un bote pesquero a la orilla del mar. ¡Cómo le gustaban los barcos a Edward Van Clark! Y se sentía orgulloso de haberle transmitido esa pasión a su hijo. El pequeño Eddy tuvo desde antes de cumplir el año de edad multicolores barcos de cartoncillo con los que jugaba mientras lo bañaban en la tina. Apenas había aprendido a hablar y fue exigiendo que sus regalos fueran barcos. Cuando cumplió los tres años y bajo el árbol de Navidad encontró un triciclo amarillo, de acero inoxidable, llantas gruesas y bocina, el niño comenzó a llorar inconsolablemente. El fin de año terminó con un mito, pero se consolidó una afición. El Día de Reyes, Eddy descubrió bajo su zapato su primer barco a escala para armar.

La puerta no se abrió en el tercer piso, donde estaba el departamento de juguetes; pero Edward Van Clark no se dio por enterado, pues

recordaba... Recordaba cómo su hijo primero comenzó a armar barcos pesqueros de una sola vela, luego barcos un poco más grandes, tremendos bergantines, galeones españoles, acorazados ingleses y un dragón vikingo de más de un metro de eslora. El padre estaba encantado; y su fascinación no tuvo límites cuando Eddy comenzó a hacer sus propios modelos de embarcaciones; combinaba el estilo europeo con el norteamericano, el japonés con el noruego, el persa con el portugués. Sus construcciones abarcaban todos los siglos de la historia náutica de la humanidad.

Al abrirse de nueva cuenta el ascensor, padre e hijo no habían llegado al departamento de juguetes, sino a una curiosa fábrica donde se producían los más variados modelos de barcos para armar que jamás habían imaginado. Más que una fábrica de juguetes parecía un pequeño astillero, en donde ingenieros de todas las razas y de todas las edades se afanaban en la construcción de mástiles, timones, velas, cañones; cepillaban cubiertas y dibujaban sobre los cascos nombres que inspiraban piedad como “El suspiro de Santa María” o “La Cruz del Sur”, y también nombres temibles como “Tormenta de la noche” o “Látigo de Dios”. Cada uno de ellos estaba ocupado en su labor y no interfería en el trabajo del otro; estaban tan coordinados que la mejor orquesta de toda Alemania no podría ser más perfecta. Sólo una voz, un tanto cansada, rompió de pronto aquella sinfonía de ingeniería maravillosa.

—Sígueme, por favor —dijo un hombre de mediana estatura, anciano, cuya fisionomía les hacía imaginarlo como a un antiguo fenicio. Vestía con un overol azul y botas salpicadas de pintura. Un lápiz en la oreja destacaba en su cabeza calva. Edward Van Clark no había visto de dónde salió el personaje, pero suponiendo que era un empleado más de la tienda se dejó conducir. Desconfiado, observó en los escaparates los modelos que ya estaban listos para introducirlos en sus respectivas cajas de cartón con una hermosa fotografía de cómo luciría el navío en la realidad. El señor Van Clark, asumiéndose como cliente conocedor, pidió entonces que

le enseñaran los mejores barcos para armar que tenían para que su hijo escogiera su regalo. El anciano los llevó a una vitrina en donde se encontraban embarcaciones que Edward nunca había imaginado, sacó una caja con suma precaución y dijo:

—Éste es el “Caleuche”. Bonito barco, barco alegre. Muchos colores brillan en la noche. Suena una orquesta conformada por ciento treinta y siete músicos. Su tripulación baila y canta; pero nunca sabemos cuántos hombrecitos viajan en él. A veces son más de novecientos; otras, cuando ya llegaron a puerto, apenas sesenta y seis. Yo creo que todavía viene cargado este ejemplar. Muchas horas de felicidad para el niño. Su costo es de sesenta ases de oro.

Edward Van Clark quedó perplejo. ¿Era objeto de una mala broma del gerente de la tienda? En la estampa de la caja, el barco se veía extraordinario; pero ¿qué diablos quería decir con “ases de oro”? Antes de poder reclamar el atrevimiento del empleado, éste ya había metido la caja y sacado otra.

—¿No gusta? ¿Muy viejo? Yo mostrarle más. Paciencia. Éste es el “Lady Lovibond”. Bonito barco, barco trágico. Mujer no debe subir en barco; hierve la sangre de la tripulación; enloquece. Marido celebrar con mujer, mientras amante navegar a la eternidad. Única versión con mujercita incluida. Capitán y primer almirante pintados a mano. Muchas horas de felicidad y aventuras para el niño. Su costo es de tres decadracmas de Agrigento.

Van Clark no daba crédito a lo que veía y escuchaba. Aquellos objetos que presentaba el “fenicio” eran algo que jamás había soñado. No eran modelos a escala cualquiera; parecía que se trataba de los barcos originales; tenían vida, se sentían repletos de una energía inexplicable. Su hijo pasaba sus ojos de una caja a otra y jaloneaba la camisa a su padre. Cada palabra del vendedor era un canto alucinatorio que los retrocedía en el tiempo y los hacía imaginar las historias fantásticas de los mares. ¡Ah, si fuera marinero!, pensaba Edward Van Clark.

—¿No gusta? ¿Muy triste? Yo mostrarle más. Paciencia. Éste es el “Ourang Medan”. Bonito barco, barco misterioso. La ayuda llegó demasiado tarde para el “Ourang Medan”, “Nave de los Horrores”, como después la llamaron. Todos muertos; el mensaje, confuso. Edición única: después de armado, escucharán última clave morse emitida. Hombrecitos vienen detallados con mueca de espanto. Tras una breve vigilia, en la madrugada verán el barco resplandecer como el fuego. Muchas horas de felicidad, aventuras y enigmas para el niño. Su costo, tan sólo el doblón Brasher.

Por primera vez, Edward Van Clark consideró que el viejo no jugaba y el ofrecimiento era real. Sin proponérselo, su cerebro hizo cálculos tan rápidos como inútiles del costo de sus propiedades y los pocos ahorros que había logrado resguardar en el banco. Nada sabía del valor real de cada nave y jamás llegaría a ninguno de los precios cantados por el empleado. Pero si hubiese alcanzado la cantidad solicitada, sólo por fantasear, ¿habría sido capaz de desprenderse de todo?, su dinero, sus bienes, dejar en la miseria a su mujer para luego poder contemplar el prodigioso barco construido por su hijo, con todos aquellos marineros en la hora de su muerte, con su SOS, absurdo; sus rostros enloquecidos y el hedor a carne y madera quemadas? Y volvió a la pregunta inicial, ¿no se trataba de hacer lo que a uno le gusta en la vida, sin responsabilidades ni seguridad en el futuro, ni oficinas ni lentejas? Sí, hubiera dado todo para comprar el “Ourang Medan” y el “Caleuche” y, por supuesto, el “Lady Lovibond” con su capitán, la mujer de éste y con el mismo John Rivers, su primer oficial, enloquecido de celos quien llevaría al barco a las entrañas del océano.

—¿No gusta? ¿Muy tétrico? Oh, entiendo. Vaya que entiendo. Sueño de niño inalcanzable para bolsillo del padre —dijo el empleado, negando con una mueca de triste reproche. La cuarta caja que tenía en su mano ya no salió de la vitrina—. Edward Van Clark no puede tener la vida que desea, pero Eddy en cambio... Por aquí, por favor.

El señor Van Clark sintió como si hubiese metido las piernas en las aguas del mar de Bering. El “fenicio” los había llamado por su nombre con gran familiaridad y todavía había anunciado la tragedia de su existencia. No supo objetar ni inquirir al anciano y lo siguió dócilmente hasta llegar a una especie de taller de diseño y construcción de piezas para ensamblar los barcos a escala. Estaba formado por una estructura de cristal, de modo tal que dejaba ver su interior, y reproducía en versión pequeña a la fábrica en la que se encontraban.

—Aquí quedarse el niño. Aquí, sueño de niño cumplirse mientras adultos platican.

Eddy Van Clark se desprendió de su padre sin preguntar y corrió a sentarse enfrente de un hermoso restirador en el que se encontraban unos planos con esbozos de barcos, cuyo trazo rápidamente completaba, como si la mano que creaba el dibujo no fuera la suya. Eddy estaba fascinado. Edward, entre tanto, dejó el cuarto en compañía del empleado y juntos se encaminaron a una oficina en un discreto rincón de la juguetería, astillero o del demonio que fuera a donde había entrado.

El interior de la oficina contaba con una diminuta sala de espera, que en efecto parecía más el recibidor de un carpintero que el lobby de una corporación como Träumerei; allí el “fenicio” arrimó un banco frente al único escritorio, tomó asiento en una silla de madera atrás del mismo y dijo:

—Uno debería estar en este mundo para hacer lo que más le agrade, ¿sabe? Yo quise ser granjero. Vida llevarme por otro camino: mar, fábrica, barcos. Muchos años haciendo barcos; ahora termina mi turno. Pocos años me quedan y no quiero más barcos; quiero granja, ovejas, gallinas, un arroyo en donde brinque un perro que me acompañe hasta mi muerte. Señor Edward Van Clark, usted ya no puede cambiar de vida; muy joven para sacrificarse, muy viejo para elegir; pero Eddy podrá dedicarse a la construcción de barcos, desde este momento hará lo que más le gusta para

siempre. El paraíso. Sí, el paraíso. Si acepta, salga a despedirse, porque no volverá a verlo.

Eddy ya no dibujaba cuando su padre lo veía desde lejos. El niño ahora ensamblaba con gran entusiasmo el segundo mástil de un bergantín-goleta. Edward no podía decirle adiós. “Todo mundo debería hacer lo que más le agrada en esta vida; pero yo cómo podría separarme de mi hijo”, pensaba cuando volvía a la oficina para rechazar la petición del malicioso anciano. Sin embargo, antes de decir palabra alguna, el oriental se adelantó:

—No verá a su hijo, pero sí sus obras: el “Caleuche”, el “Lady Lovibond”, el “Ourang Medan”, y el “Baychimo”, tal como quedó congelado en Alaska, y desde luego el “Mary Celeste”, del que no diré palabra para no insultar su inteligencia. Todos los barcos. Cada 25 de diciembre recibirá usted regalo especial. Demasiado viejo para elegir, demasiado joven para sacrificarse. No puedo hacer más por usted.

¿No había pensado en dar todo, si lo tuviera, sólo por el “Ourang Medan”? Ahora le ofrecían cada uno de los barcos de la historia y del porvenir, barcos construidos por su hijo al que no volvería a ver jamás. ¿Estaría dispuesto a abandonar a Eddy, aunque le aseguraran que viviría su mejor vida posible? No. Edward Van Clark de un salto abrió la puerta de la oficina y el agua entró de golpe subiendo hasta sus muslos. Toda la fábrica estaba revuelta: las máquinas volteadas con las patas arriba, tablas flotando sin dirección alguna, los empleados corrían con dificultad con las piernas sumergidas en el agua; otros, de plano, comenzaban a nadar hacia la puerta que abría el acceso a las escaleras de emergencia. El padre afligido se dirigió hacia donde había dejado a Eddy. El cuarto estaba vacío, sólo por los cristales se podía ver que el agua había subido más allá de la altura de su hijo. Entonces, Edward Van Clark se dio cuenta de que el agua llegaba ya hasta su pecho y que si no salía de allí moriría. Nadó hacia las escaleras con todas sus fuerzas; la puerta estaba bloqueada, la

presión del agua hacía casi imposible moverla unos centímetros; pero alguien desde adentro pudo separar de un empujón la cortina de metal y lo jaló de los cabellos. Edward Van Clark se desvaneció con un raro gusto a agua salada.

Cuando tocaron a la puerta, Edward Van Clark sabía que un nuevo barco había llegado. Como cada año cogió el paquete y lo desenvolvió tratando de cuidar el papel de regalo. Enrolló el pliego y lo guardó con los otros diez que tenía como si algún día fuera a darles uso. Luego, tomó la caja y vio la fotografía de un buque, el “Carrol A. Deering”, hermoso como los demás. Acto seguido llevó la caja a un desván donde se encontraban otras diez semejantes. Sólo una, la primera que había recibido, tenía señas de haber sido abierta. No había barcos contruidos. Edward dejó la caja a un lado, salió de la bodega y regresó a su plato. Sus manos eran torpes para construir; apenas y servían para sostener la cucharada de lentejas.

COMPULSIONES

PLEASANCE

Llevo tres años viendo a Pleasance desnudarse y meterse en la cama. Hoy ha celebrado su cumpleaños dieciocho, lo sé porque le regalaron su primer teléfono y un globo gigante con forma de número, el cual la muy boba amarró a una de las patas de su cama para mantenerlo flotando hasta que, poco a poco, el helio se fugue y el globo caiga como un corazón marchito. Pero, ¿qué sonido puede hacer un globo al chocar contra el suelo? Luego, comenzó el ritual de todas las noches: primero se retira los lentes, después los aretes y se me acerca para darme un beso en la boca antes de quitarse el labial con el mismo pañuelo desechable que usa para limpiarme. Acto seguido, desabrocha su blusa y la deja resbalar por sus brazos, se libera del sostén y entra como si se echara un clavado en el enorme camisón estampado con arcoíris y nubes rosas. En verdad es una tonta, una niña de mami. Su falda se desliza hasta sus tobillos y saca los pies de las zapatillas con un ligero sacudimiento. Dice buenas noches, como si esperara una respuesta; reza el Ángel de la Guarda y apaga la luz.

No sé cómo era Pleasance antes de los 15, pero recuerdo que cuando me trajeron para dormir en la cama de enfrente se puso muy contenta, como si la pusilánime en verdad necesitara a alguien a quien confiarle sus secretos adolescentes. Durante todo el bachillerato la vi llegar con su gran mochila y soltarla sobre su cama. Horas y horas de aburrida tarea, de lecturas sin sentido, de problemas ociosos sobre el momento en que se encuentran a la misma altura dos flechas disparadas en vertical con la misma fuerza y un segundo de diferencia.

Pleasance murmuraba, leía, escribía, contaba; y yo la veía de soslayo tras mi libro esperando ese gran secreto juvenil, ese apetito de los 17 años que comenzaba a latir en su sexo. Nada. Una y otra vez escuchaba el suave, apenas perceptible toque en la puerta antes de que entrara su madre para machacar la cantaleta sobre los peligros de las relaciones sexuales, el pecado, el castigo eterno en el infierno. Ten cuidado, Pleasance, los muchachos van a matarte; primero comerán tu cuerpo y luego tu espíritu hasta dejar tu futuro en los huesos. ¿Sabes para qué hervirá tus lágrimas el que ostenta la capa escarlata y el cetro de rubí? Pleasance me miraba apretar los labios. Ay, nada qué ver, todo está bien. Debo estudiar, decía con los ojos chispeantes. La madre le daba un beso y, con esa misma mirada inquisidora con la que adoctrinaba a su hija, buscaba enfrentarme; pero yo ya me había ocultado en silencio.

El globo ya flotaba a la altura de sus senos cuando la escuché susurrar amor, linda, te extraño. No podía creer esas palabras. Con sigilo, levanté un poco mi cabeza para verla. Naturalmente, Pleasance estaba acostada; pero ahora llevaba el teléfono en la mano que aproximaba a su boca. Nunca confiará en mí, dijo. Yo, entre tanto, para ocultar mi sorpresa, simulé que también tenía una llamada. Sí, mi amor, tú también me encantas. Silencio. Risas de Pleasance ahogadas con la palma de la mano para que yo no escuchara. No debe escucharnos. Eres una puerca. Pleasance lamía sus dedos y, como por descuido, rozaba sus pezones bajo la tela del camisón; luego flexionaba la rodilla derecha y acariciaba su muslo antes de regresar la mano a su boca al sentir que le brotaba una nueva carcajada. Te amo.

Se levantó de la cama con el cabello mojado y el rostro enrojecido; los pezones erectos. Yo la esperaba igual, con la respiración agitada, pero desafiante. No daría un paso atrás. Cerramos los ojos y sentí cómo se oprimían sus senos con mi cuerpo; la boca abierta, la lengua suspendida. El pánico entró con su aliento cálido. Giré y brinqué a mi cama. A lo lejos escuché el Ángel de la Guarda.

Desde que el globo ha descendido y ahora llega a la altura de sus rodillas, las llamadas se han vuelto más frecuentes. De poco sirve que la madre haya venido durante años a recordarle el tormento eterno en el infierno y el rey hirviendo las lágrimas de las niñas perversas. ¿Sabes para qué hierva tus lágrimas el que lleva la corona de ágata y se sienta en el trono de coral? Pleasance contesta el teléfono y explora su cuerpo frente a mí. Cierra los ojos sabiendo que yo la observo, sabiendo que yo también me toco al escucharla acariciarse con el teléfono tirado en el suelo, sabiendo que yo también la espero para recibir su saliva burbujeante que me moja y no me importa porque es hora de rezar el Ángel y de soñar Pleasance con la Oruga y yo con Pleasance.

Fue un tornado de besos y jadeos. De alguna manera, Pleasance había burlado a su madre o la había sacudido hasta convertirla en un gatito. Las amantes rodaron por la cama sin importarles mi presencia. La mano de Pleasance frotaba los muslos, buscaba como un ciego la cavidad húmeda de la intrusa. ¿Quién eres tú? La Oruga abría la boca y era a mi lengua la que ahogaba; la Oruga separaba sus piernas y era a mi sexo al que lamía; la Oruga clavaba las uñas en su espalda y yo sangraba. Entonces cayó el globo, silbó la tetera y despertó el Rey Rojo.

THE HOUSE OF THE SMILEY BARN OWL

Un viejo Fiat 508 L se estacionó frente a la Casa de la Lechuza Sonriente. La puerta trasera del auto se abrió y un hombre de aproximadamente treinta años, pantalón raído color café, botas sucias, camisa desfajada y boina caída sobre el ojo derecho descendió; pagó, cerró la puerta y el conductor aceleró sin darle tiempo de revisar el dinero recibido. “Me pareció haberlo visto persignarse”, escribí en mi libreta mientras Candy, la mesera del Bull Dog, bar ubicado contra esquina de la Casa, me servía mi segunda taza de expreso y mi tercera copa de brandy. Esas frases siempre llaman la atención de los lectores. El hombre de la boina caminó hasta la reja que protege el jardín. El acceso estaba abierto. El portero, perezoso, apenas levantó la vista de su diario. Continúa con su estúpida afición por leer Times, la poderosa prensa que no se ha sacudido del todo su mote de “Daily Worker de tres centavos”. El visitante avanzó por el sendero de piedras que lleva del portón de la reja a la entrada de la casa y rodeó la enorme escultura de la lechuza. En el trayecto se cruzó con una mujer que no le prestó atención: “Abrigo tipo oriental. Recuerda a las oficiales soviéticas del regimiento 586, que se hicieron famosas en la defensa de Stalingrado” Bien, bien. La “rusa” se va acercando más a la acera, sale, atraviesa una calle, atraviesa la otra y pasa frente a mí: “Rubia, cabello recogido con prensadores, nariz pequeña, labios pintados con carmín, apretados como un reproche contenido; los ojos verdes de vacía mirada”. Es idéntica a la última imagen que recuerdo de Eleonor Dukw. Un escalofrío sacude mis hombros con violencia. Tomo la fotografía. El hombre del Fiat ha desaparecido.

“La lechuza sonriente ha vuelto a comer”, remato el artículo mientras desenvuelvo mi recompensa. En segundos, el chocolate relleno de brandy es triturado por mis muelas. El chocolate debe devorarse sin piedad, extraerle todo su sabor de golpe, y quien diga lo contrario o es un pusilánime o un hipócrita. Sólo Eleonor Dukw compartía conmigo esa desesperación para comer chocolates. Era el '41 y las restricciones estaban llegando a su peor momento. Eleonor y yo habíamos coincidido en los refugios. Para entonces, yo ya ganaba algunas libras en The Daily Telegraph y ella... Bueno. Eleonor era una chica desgraciadamente muy atractiva para alguien que quedó en desamparo con los primeros bombardeos del '40. Huérfana y sin propiedades, sola en el apocalipsis de la cruz torcida. Únicamente dos elementos podían mantenerla con vida, y los dos los usaba de manera prodigiosa: su cuerpo y su inteligencia. Eleonor dominaba a la perfección el francés, alemán y ruso, lo que le permitía ejercer su oficio y sobrevivir en las calles del rostro más oscuro de la ciudad por donde a veces la encontraba como a una niña que había escapado de la escuela por travesura.

Así, caminábamos por los callejones menospreciando las sirenas de ataque. Yo hacía mi trabajo, ella el suyo. En ocasiones, le invitaba un trago de brandy corriente que llevaba en mi cantimplora; en ocasiones, ella me compartía algún sándwich que había extraído de un refrigerador mal vigilado. En ocasiones hacíamos el amor, apenas cobijados por las sombras de las altas paredes sin luminarias y, todavía agitados, hombro con hombro recostados bajo una buhardilla abandonada, pedíamos deseos al cielo incendiado por el fulgor de las bombas, y en ocasiones, después de dos o tres meses de no vernos, de repente aparecía con una diminuta bolsa con tres chocolates. Sólo Dios sabe lo que había hecho Eleonor para conseguir esas bolsas de chocolates. Nunca le pregunté. Ella me ofrecía uno y cogía para ella el segundo. Sonreíamos y con una maldita desesperación los arrojábamos al interior de nuestra boca y masticábamos

y masticábamos porque sabíamos que siempre habría otro chocolate y, entonces, ella me decía, toma. Yo sujetaba la golosina entre mis dedos y le respondía el siguiente es para ti. Nunca llegaba el siguiente para ella y aun así el instante que duraba el chocolate era epifánico. Disolverlo en la boca sería tener conciencia de que se escurre la vida entre los dedos; en cambio, destrozarlo en tres, cuatro mordidas y tragarlo era la manifestación de la felicidad plena.

—¿Cómo va eso? —me pregunta Blas, girando sus pupilas como queriendo abarcar con la mirada “eso”. Mi escritorio era un revoltijo de recortes de periódicos, mecanogramas y fotografías. La Casa de la Lechuza Sonriente se había adueñado de mí. Llevaba alrededor de seis meses investigando las desapariciones de personas a las que se había visto entrar en la mansión. Los familiares hacían la denuncia y, al cabo de unos días, regresaban a la estación de policía para retirarla. Todo estaba bien. Una broma, un error. Pero siempre, de alguna manera, todos estaban ligados a la Lechuza Sonriente.

Las fotografías eran pocas. Una, la más antigua que logré encontrar, mostraba en primer plano los rostros duros de la tropa, los hombres abatidos, los cuerpos vacíos como si les hubieran succionado el alma. En la esquina de la placa se leía “Julio de 1916. Batallón de los Deportistas. 24° de Fusileros Reales”. Los Battalions of Pals habían perdido 1,779 hombres en la primera hora de combate y tuvieron 57,471 bajas en un día. Las decenas de soldados que lograron regresar a la ciudad, en algún momento, se dejaron caer en las calles y, como una manada de ñúes que se tumban fatigados después de escapar de las garras del leopardo, descansaron sus espaldas en la enorme reja de la Casa de la Lechuza Sonriente, que se alzaba majestuosa tras ellos. Y si mirabas con atención, ayudado con una lente de aumento, borrosa y maléfica sobresalía la cabeza de la escultura. Allí estaba la lechuza como en el tiempo de los papas armados o como en la era de los demonios sumerios.

Bueno, tampoco hay que ser tan exagerados. Casi todos los archivos fueron destruidos durante los ataques, quedando sólo algunos particulares, sin mayor relevancia, y el administrado por la Academia. En la sección dedicada a la historia de la ciudad, en cada uno de los mapas consultados, una mano invisible había trazado el rectángulo rojo en donde se ubicaba la Casa y lo había rotulado sólo con dos iniciales: S. B. Los libros contables la denominan de distintas formas según el año de registro: Fundación Beatriz O. Silvestri (1813), Fundación Bárbara O. Sacristán (1827), Fundación Betsabé O. Sabadie (1866), Fundación Berenice O. Sabazis (1899) y, el más reciente, Fundación Bertha O. Skelton (1913).

El objetivo de la fundación, según consulté en la oficina de administración pública local, era destinar fondos para la restauración de la ciudad, toda vez que la historia nos llenaba de escombros, ruinas y remodelaciones. Caso curioso, no había un rostro visible que saliera a recibir los aplausos de tan loable labor. Apenas, un apoderado legal —al que la Casa sustituía recurrentemente, —aparecía de vez en vez para hacerse cargo de los dineros recibidos de donaciones anónimas y por una que otra venta de antigüedades como un modo de obtener recursos. Eso sí, a nadie molestaba la presencia de la Casa. No había una razón para investigarla, para acceder a su interior velado a los ojos profanos. Lo peor es que no puedo decir que estaba blindado el edificio. Sólo el portero, que parecía estar ahí desde su construcción, la resguardaba. A nadie se le dejaba pasar sin invitación, pero tampoco nadie había intentado violentar el acceso. Nadie excepto yo.

Desde que tengo uso de razón siempre había escuchado hablar de la lechuza sonriente. Parecía una imagen que todos los lugareños mantenían en su conciencia colectiva. Sin embargo, si a alguien le preguntabas por qué todos la reconocíamos como la lechuza sonriente, la respuesta siempre era la misma: “Qué no te has fijado cómo el pájaro parece que está sonriendo. Ah, valiente periodista que no conoces tu ciudad”. Y se

iban. ¿Creen que no sé que nadie se puede acercar lo suficiente a la escultura sin que se lo permitan? ¿Creen que no sé que los que la han visto es porque llegaron hasta la puerta de la casa y entraron? Todos mentían. Estaba seguro de que era un relato que había pasado de abuelos a padres, de padres a hijos, y así. Todos nuestros ancestros lo habían mamado desde la teta de su madre. Pero nadie la había visto como yo la vi hace tres meses, cuando tuve la oportunidad de acercarme lo suficiente para fotografiar ese monumento a la impudicia.

El guardia a veces se llama Bryan, a veces John, a veces Smith, es decir, se bautizaba con cualquier nombre típico según su estado de humor. Es un ogro de cincuenta años, alto y rollizo. Su rostro es de facciones grotescas. La comisura de los labios le cuelga como la de un hocico de perro San Bernardo; sus orejas, también perrunas, las vence su propio peso y evidencia su sordera cuando estira el pabellón con sus dedos simiescos para lograr escuchar a su interlocutor. Su rasgo más importante es un pequeño diablo rojo tatuado en el lado derecho de su grueso cuello. Afortunadamente para todos, casi nadie se atreve a dirigirla la palabra. Yo sí lo hice. Primero, intenté sobornarlo con dinero por algo de información. Sólo se rio de mí. “Triste hombrecito”, me dijo, y continuó leyendo su panfleto.

Transcurrieron tres semanas de investigación infructuosa. Nadie, más que yo, se había acercado a la casa en meses y el guardia insistía en su cerrazón monolítica. El diablo rojo de su cuello volaba como un buitre alrededor de mis pensamientos. Entonces, bendita memoria, llegó la clave. A los pocos días, el buen Blas me consiguió algo de morfina. Para nadie era un secreto que nuestros valientes soldados recurrieron al alcohol, mariguana, goma de opio y morfina para calmar las dolencias del cuerpo y del alma. Muchos de los miembros de la 1st. Airborne Division, disuelta en el '45, los más fanáticos, llevaban tatuado en alguna parte

del cuerpo un diablo rojo, por el mote que había cobrado la División de Aerotransportados desde las batallas al norte de África, los Red Devil. Convencido, como estaba, de que la Casa era un lugar de fomento al vicio y de que el viejo exsoldado estaría imposibilitado de obtener la droga por sus propios medios, consciente de lo que adentro —estoy seguro— sucedía, llegué ante él en su puesto de centinela. Sin cruzar palabra, sobre uno de los barrotes de la reja, dejé colgado el señuelo dentro de una envoltura de chocolate en la que había escrito “Saludos de Miss Emma”. Me alejé y entré al Bull Dog, desde donde ya había instalado mi base de espionaje. Pedí un café cortado y una copa de brandy. Mientras la mesera iba por lo solicitado, pude ver a través del ventanal, con ayuda de mi cámara, al ogro acercarse a mi obsequio, leer la tarjeta con desconfianza, mirar a ambos lados de la calle e introducirse el chocolate en uno de los bolsillos interiores de su abrigo.

Así sucedió cada martes durante un mes, hasta que deliberadamente dejé de llevarle su “dulce”. Oh, cómo lo vi patear frenético a un pobre transeúnte que tuvo la mala fortuna de caminar por ahí en ese momento. Estaba completamente “erizado”, ojos enrojecidos y sangre loca. Por precaución, no me acerqué hasta que el cansancio de su ira lo fue mermando. Regresó a su puesto y se sentó, su cuerpo temblaba. Si yo no hubiera estado tan retirado podría haber jurado que le había oído un lamento de niño famélico. Ya había comenzado la primera hora de la noche cuando lo encaré. “¿Me dejarás pasar?”, le dije alzando ante su vista el objeto de su adicción. Estoy seguro de que en ese momento podía decidirse a molerme a golpes hasta matarme y quedarse con la morfina; pero no sé si aceptó su derrota en el juego de astucia entre el prisionero y el celador o, lo que sería más obvio, la Lechuza Sonriente no permitiría un escándalo de asesinato por asunto de drogas. El caso es que, con solemnidad, me respondió “sólo al jardín, tienes diez minutos, después deberás irte para no volver jamás sin invitación. Te prometo que dejarás de existir”. Eso fue todo.

Caminé por el sendero maldiciendo que la noche había desplazado a la luz brumosa de la tarde y únicamente las luces del jardín pintaban de color y de sombras los arbustos de lavanda, rosales y magnolias que ocultaban otras plantas más extrañas para ser un simple ornato: belladonas, mandrágoras, beleños y estramonios danzaban al compás de la suave brisa de occidente. Me sentía abatido por saber que no tendría otra oportunidad para al menos fotografiar al espantoso pajarraco y me acerqué a él con la certeza de que mi vieja Leika, regalo de mi amigo Hetherington en su paso por Alemania liberada, no haría maravillas. Sin embargo, en el momento en el que estuve frente a frente a la lechuza, desde una de las cornisas de la Casa, un potente reflector la golpeó con su luz. Entonces, yo que he estado bajo bombardeos durante horas, recordé lo que es el miedo.

Es la única fotografía que existe del “rostro” de la lechuza sonriente en primer plano y es mía. Nadie la conoce y será publicada cuando concluya mi reportaje. La única exposición que he impreso siempre la mantengo bocabajo, confundida entre todas las demás fotografías. Y ahora, sobre todo el cúmulo de celulosa y tinta, encuentro la última imagen que acabo de revelar: el rostro de Eleonor Dukw.

—¿De quién? —vuelve a preguntar Blas, subiéndose los gruesos anteojos hasta rozar sus rubias cejas. Entonces me doy cuenta de lo que había dicho, pero no podía ser. Eleonor desapareció bajo el ataque al British Museum. Algunos años, después de la guerra, pregunté por ella en las peores tabernas y prostíbulos; incluso indagué en las casas de citas de mayor prestigio de nuestra ciudad resurgida de los escombros. Eleonor se había esfumado como el humo de la devastación. Luego, el periódico, más chocolates. El olvido.

La guerra a algunos los volvió monolitos ermitaños dispuestos a defender su misantropía, pero a otros los dotó con un anhelo de hermandad

hacia su prójimo, compañeros de desgracia. Sobrevivientes. Blas era el joven reportero de la renovada sección policiaca de The Daily Telegraph. Apenas la amenaza extranjera se había desbaratado, la delincuencia recordó que tenía toda una trayectoria de abolengo. Nuevamente, el puñal se escondía entre los callejones y el perro volvió a comer perro. “Estirpe miserable de un día”. Punto para el enemigo.

No sé por qué me apreciaba Blas. Veía en mí una especie de mentor, supongo. Agradecía su afecto porque en el mundillo de la prensa es difícil confiar en alguien sin esperar recibir algún provecho. Lamentablemente, he de confesar que yo sí me beneficiaba de Blas. Sus contactos con la policía me habían servido para redactar un par de reportajes de asesinatos indescifrables y corrupción policiaca. Nunca le daba su merecido crédito como nunca le di el tercer chocolate a Eleonor.

—¿Podrías averiguar quién es esta mujer y en dónde la puedo encontrar? —pregunté a Blas, acercándole la fotografía de la “rusa”. Sabía muy bien que yo mismo me estaba tendiendo una trampa, que estaba trazando un camino que no llegaría a ninguna parte. Los desaparecidos nunca vuelven a ser vistos en esta ciudad pero ya no tenía otra opción. La amenaza del ogro había sido muy clara. No podía volver a entrar a la Casa sin invitación o simplemente dejaría de existir. Blas tomó la fotografía y la colocó entre sus papeles. Yo sentí que se me comprimía el corazón.

Decidí no ir a la Casa de la Lechuza Sonriente durante la siguiente semana. No tendría caso y sólo alertaría al guardia de que todavía pretendía develar aquel secreto, fuera cual fuese. Únicamente me la pasaba en mi escritorio, reciclando notas viejas para cumplir con mi espacio en el Telegraph. El resto del tiempo resolvía crucigramas. Blas entraba a la oficina y al pasar por mi escritorio sólo me volteaba a ver y movía negativamente la cabeza. La rubia coleta brincaba de un hombro al otro.

Martes, miércoles, sábado, nada. No vuelven a aparecer, me repetía una y otra vez, tratando de encontrar la manera de resolver el acertijo. Yo mismo regresé a los burdeles, a las casas de citas, a las esquinas malolientes de las calles Miller's Court y Angel Alley. Bebía algunas copas, me embriagué y descargaba mi frustración sobre las pobres chicas que compraba por una noche. En una que otra madrugada me encontraba con jóvenes rubias de cabello corto o trenzado y mi pulso se aceleraba. Pero no eran Eleonor ni la mujer que vi salir de la Casa, si es que no eran la misma persona. Luego, la razón volvía a mí para decirme dos verdades: la primera, las chicas de los callejones siempre tienen la mirada vacía; la segunda, era imposible que Eleonor fuera la mujer que vi salir de la Casa de la Lechuga Sonriente. Así, regresaba al burdel, a las camas y a mi escritorio a resolver el crucigrama de ocasión.

Ya he dicho que Blas me tiene afecto y, además, su inteligencia rebasa su experiencia de vida. No pocas veces me ha protegido las resacas, cubriendo mis notas o invitándome un trago. Hoy en la mañana, cuando yo estaba entre el brandy disfrazado con café y un reportaje citadino extraído de mi imaginación, se quedó mirando fijamente uno de los crucigramas. Los grandes ojos tras el fondo de botella de sus anteojos parecían desprenderse de las cuencas al decir sólo cinco palabras certeras, inolvidables, contundentes, que estuvieron a punto de transformar el mundo a su peor versión posible.

—Utah. Omaha. Overlord. Mulberry. Neptune.

—Leonard Dawe.

—Tal vez, ella no sabe que la buscas —dijo. Y se fue a su escritorio, dejándome procesar la magnitud de la idea, y yo la procesé hasta acabarme la botella de brandy entre taza y taza de café y garabatos como palabras en clave, sólo para ser repetidas por unos labios apretados de reproches y carmín.

Esa misma noche llamé a Alastair Hetherington, que había progresado meteóricamente en su oficio periodístico y ahora trabajaba como editor del Manchester Guardian. Después de los extraños acontecimientos ocurridos con los crucigramas de Dawe, quien fue, incluso, interrogado por el MI5 y no de forma muy amable, ahora el Telegraph era muy cauteloso con estos juegos intelectuales y, por protocolo, los filtraban antes por un grupo de expertos vinculados con el gobierno. Yo no quería hacer ese tipo de ruido, pues mi mensaje era dirigido a un solo destinatario.

Hetherington, taimado como era, lo tenían sin cuidado las paranoias del Estado y más bien señalaba sus cojeras y malas decisiones. Me preguntó si ahora yo iba a pasar información a los soviéticos y respondí que la Corona sólo me permitía compartir datos sensibles con los franceses. Reímos de buena gana. Pidió mi opinión sobre el cambio de nombre de su medio a The British Guardian y le dije que con eliminar Manchester del nombre se solucionaba. Le pareció buena idea y en la primera edición de The Guardian se publicó en un pequeño rincón lo siguiente:

MISCELÁNEA

Verticales

1. Canciones populares, generalmente de asuntos religiosos, que se cantan en Navidad. **3.** Nombre común que recibe la institución monárquica que comparte el Reino Unido. **4.** Seres ficticios que pueden aparecer, tanto en época navideña como en los aviones de la RFA. **5.** Tema instrumental de la película Tiempos Modernos, compuesto por Charles Spencer, e interpretada hace algunos años por Nat King Cole. **6.** Cuando vivimos tiempos difíciles y recurrimos a grandes esperanzas, pensamos en este autor (ape-

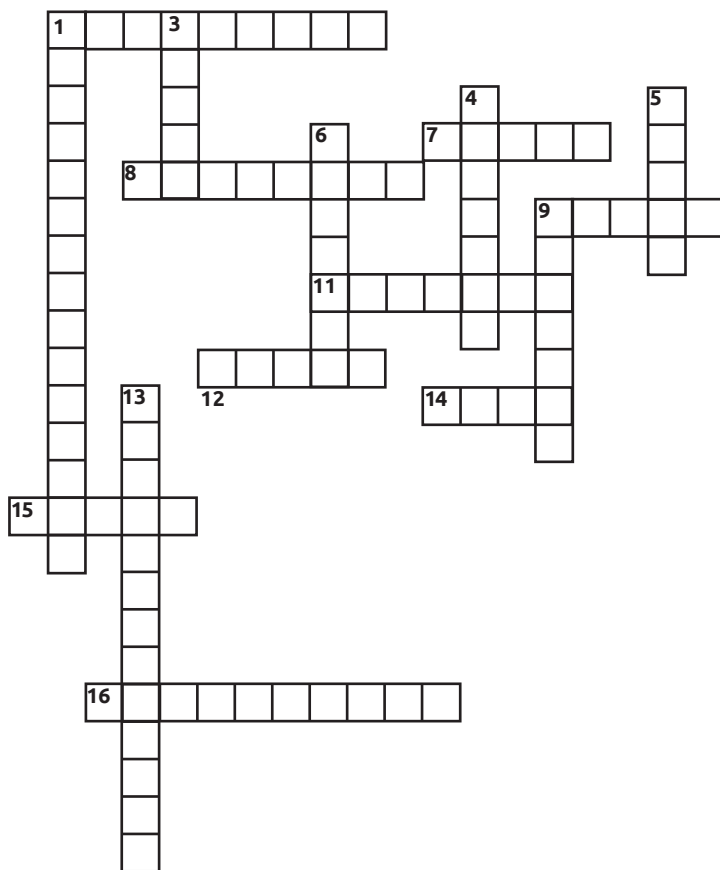
llido). **9.** Ave de brujas. **13.** Hogar de los frisos del Partenón desde el siglo XIX.

Horizontales

1. Durante la Segunda Guerra fue incorporado como ración de combate para los aliados por su contenido energético. **7.** Construcción destinada a vivienda familiar. **8.** Productos que arrojó la Real Fuerza Aérea en Holanda, durante la ocupación alemana, para elevar el ánimo de la población. Nombre genérico de las bebidas de este tipo. **9.** Objetos que fueron robados en los Países Bajos por el enemi-

go para ser fundidos y reutilizados como armamento. **11.** Nombre femenino que Edgar Allan Poe introdujo en *The Raven*, por una necesidad de procedimiento de composición. Incluye la letra "E" al principio. **12.** Tema de relatos de ficción que se contaban, principalmente en la época victoriana, en Navidad. **14.** Vehículo militar

que sirve para transportar bienes y tropa por tierra y agua. **15.** Nombre con el que se conoció el año en que fueron iluminados los cielos de Inglaterra. **16.** Relato en donde se describe por primera vez la imagen del muñeco diabólico que creó el enemigo para iniciar la invasión cultural en Europa (primer elemento).



Eleonor Dukw. Eleonor Dukw. Eleonor Dukw. Eleonor Dukw. Han transcurrido cinco días desde la publicación del crucigrama y en *The Guardian* no han recibido más que las obvias respuestas, una que otra burlándose de la “E” al inicio en “(E)Leonor”. Candy me trajo el café exprés sin la acostumbrada copa de brandy. Le había pedido que no me la ofreciera, pues desde mi entrevista con Hetherington decidí no beber mientras el fantasma de Eleonor Dukw no se manifestara ante mí, aunque la abstinencia me enfermara. Los efectos ya eran notorios: todas las palabras impresas en el diario saltaban, se desprendían del papel y flotaban ante mí, traslapándose, incrustándose unas en otras para formar una fórmula secreta e inconfesable.

Hace unas horas, saliendo del *Telegraph*, creí verla a lo lejos, caminando por Euston Road. El cabello rubio recogido, el saco soviético. Corrí tras ella y, aunque sabía que no me había visto, imaginé que apretaba el paso para escapar de mí. Evidentemente, no era así porque, sin ninguna duda me acercaba a ella; aunque no lograba alcanzarla. Tenía la sensación del típico sueño en el que uno recorre un pasillo interminable. En el recodo que forma Euston Road con Upper Wonburn ella dobló a la derecha y mi corazón fue eclipsado por la figura del gendarme que me cerró el paso. “¿Persiguiendo mujeres tan temprano, señor?” Dos minutos de explicaciones y credenciales después, retomé el camino hacia donde ella se había dirigido. Mi vista absorbió toda Upper Wonburn. A unos veinte metros, en un tenderete de cigarros y golosinas se encontraba ella. Me acerqué muy lentamente con mis sienes a punto de reventarse. Allí estaba la mirada vacía; allí, los labios apretados. No pude más. Con un hilo de voz me atreví a decir, a casi susurrar:

—Eleonor.

La mujer volteó a verme y sonrió. Pagó la cajetilla de cigarros que llevaba en la mano y siguió su camino. Como pude, me repuse del sacudimiento que me había provocado ver el rostro de Eleonor tal y como

lo había visto aquella última noche del '41, sin el más mínimo rastro de envejecimiento. Corrí nuevamente tras ella y la halé del hombro. Me miró sorprendida:

—Извините, я не говорю по английски.

Mi mano se deslizó de su hombro y cayó desmayada a mi costado. Ella volvió a sonreír y se alejó sin que yo pudiera dar un paso más para encontrarla. Caí de rodillas y cerré los ojos para rezar o maldecir. Tuvieron que pasar varios minutos antes de que mis piernas, tambaleantes, se pusieran en movimiento hasta llevarme al Bull Dog, al diario, al crucigrama, al café y a la copa de brandy que, en justo cumplimiento de mi promesa, ahora le pido a la mesera que regrese.

Vi a Eleonor Dukw y vi a la señorita rusa. Son las mismas y no pueden ser las mismas. Eleonor Dukw hablaba ruso, pero ¿por qué aparentar que me desconocía? ¿Cómo no habían afectado los duros años de la Guerra y su “profesión” su figura? Y si era otra persona, ¿cómo diablos era idéntica a la Dukw del '41 justo cuando desapareció?

Sentí la mirada de Blas y noté que se acercaba con un papel en la mano. La sonrisa se le dibujaba en el lampiño rostro.

—Por fin, hay noticias interesantes de The Guardian —dijo sin perder la oportunidad de morder con su frase al diario rival en turno. Me extendió una nota firmada por Hetherington y un sobre que ya había sido abierto. La nota se trataba de una simple pregunta: “¿La respuesta que esperabas?” Adentro del sobre, escrito en cursivas se encontraba el siguiente mensaje:

Benetako bizitza Silvestri da Gure Sakristauak maite zaitu Ganimedes, Kalisto, Io, Europa, Triton, Titan

Sabadie

Betiko bizitzak eskaintzen dio Sabazis Ongi etorri Skelton erreinura

La cosquilla se acumuló en mi garganta hasta explotar como carcajada. Había sido invitado a la Casa de la Lechuza Sonriente. Que la invitación llegara en la lengua de los vascos podía interpretarse de dos maneras, la lógica y la fantástica. Pocos años después de la guerra, revelaron algunos de los códigos usados para enviar mensajes en clave entre los aliados. En el Pacífico, la Armada Norteamericana utilizó el euskera para filtrar sus mensajes, incomprensibles para el ejército nipón. Comenzando los años '50, se puso de moda entre los hombres de negocios y alguno que otro intelectual villillo enviar cartas en euskera, tanto para ocultar movimientos comerciales como para utilizarlo de artificio literario. Ésa sería la interpretación lógica. La chica rusa, al verme por segunda vez —estoy seguro de que ya me había visto desde que salió aquella tarde de la Casa—, relacionó el nombre al pie de mi “colaboración” en *The Guardian* con el par de artículos que he escrito sobre la Casa de la Lechuza Sonriente e, intuyendo que estaba obsesionado con conocer su secreto (el que parece que a nadie importa) me envió el mensaje en euskera para seguir el juego ocioso de las claves en la guerra. ¿En verdad pertenecerá al ejército soviético?

Pero también hay otra interpretación más retorcida, más pavorosa: el número de hablantes del euskera es mínimo y no se le puede relacionar con ninguna familia lingüística conocida. “Apareció” en alguna tribu antigua en el sudoeste de Francia. Más que su misterioso origen, lo incomprensible es que se mantenga viva. Incomprensible, sí, si no fuera la lengua de las brujas. Eleonor Dukw habría entrado a la Casa de la Lechuza Sonriente en aquel mayo del '41 durante el último bombardeo y tal vez nunca había salido hasta ahora, más viva que nunca y más hermosa.

Sábado, siete de la noche. El ayudante del demonio me espera para darme la verdadera vida renovada. Sé que siempre hay dos explicaciones,

dos formas de interpretar la realidad. He tomado mi tercera copa de brandy y pago a la mesera. Salgo del Bull Dog, atravieso una calle, atravieso la segunda. El portón de la reja está abierto. El ogro me deja pasar sin siquiera voltearme a ver. Camino por el sendero de piedras y rodeo a la lechuza sonriente justo en el momento en que la luz se proyecta sobre su figura. No llevo mi cámara, pero tampoco siento la mínima gana de fotografiar nada. La luz de la luminaria me ciega. La puerta se abre. No puedo ver más que oscuridad. Escucho voces como cantos, como aullidos, como lamentos, como llantos de bebé, como sirenas; ritmos como tambores africanos, como tam-tams, como dununs, como bombas, como palos de lluvia, como metralla; nombres como Sabazi, como Sabadie, como Sorgina, como Satán, como Stalin, como Churchill, como Roosevelt, como Hitler. El tinnitus lo envuelve todo. Zumbido. Oscuro silencio.

La puerta se abre, los últimos rayos del sol calientan mi rostro. Siento la brisa fresca de occidente. Siento la mirada muda de un tipo de coleta rubia que me apunta con su cámara en el bar de la esquina. Siento el chocolate deshacerse muy lentamente en mi boca mientras camino por las calles de la ciudad destruida.

JEZABEL

Todavía bajo el sol no podía sacarme de la mente aquella primera imagen que vimos en el cuarto de Karen. La foto era horrible. Karen dijo que se trataba de la cabeza de un viejo, pero reducida; tal como hace la tribu shuar en la selva de Perú. En aquella clase, el maestro Gabriel puso su mano bajo mi cabello, atrás de la cabeza, y apretó mi nuca con suavidad. “Imagínense, dijo, que esta señorita pertenece a una tribu enemiga y la he decapitado. Ahora voy a hacer un corte con mucho cuidado desde adentro de la boca, justo aquí, hasta cerca de la clavícula. La abertura me permitirá separar la piel y la carne del cráneo”. El maestro Gabriel siguió contando que les iban extrayendo los huesos, la carne, hasta que la cabeza queda del tamaño de un puño. Así lo vimos, como un pequeño monstruo que rompía las entrañas de esa mujer, cuya sangre escurría por sus muslos. Karen temblaba sosteniendo el libro. Yo no me atrevía a pedirle que cambiara de página y tampoco podía apartar la vista de ese ser emergiendo con el cabello embarrado de sustancias inimaginables. Era sólo una cabeza con orejas pegadas, unos ojos apagados, una boca desdentada y hambrienta.

Lo siento, amiga. Me habías revelado el más caro secreto y yo no pude conservarlo. Pero no puedes oírme allá en el centro de la plaza cívica, vigilada por dos pares de ojos que a distancia disfrutan de tu cuerpo de niña que sufre el calor sofocante de las tres de la tarde. “Ya eres casi una mujercita”, dice la señorita Paola, y nadie se da cuenta de que dilata un instante de más en posar su vista en tus piernas enrojecidas por los sesenta minutos que llevas pagando tu atrevimiento. ¿Cómo puedes aguantar tanto dolor si yo

apenas me había hincado y supliqué clemencia? A mí no me habían escogido las piedras más ardientes para asentar en ellas las rodillas. El maestro Gabriel me llevó más allá de los baños y me indicó que me hincara sobre un poco de hierba. Tampoco me molieron con los libros. Sólo el propio peso de mis brazos en cruz hizo que en pocos minutos me brotaran lágrimas por el dolor en mis pechos. Soy una cobarde. Cuando pasé a tu lado pude ver que también se te escurría una lágrima, pero no creo que haya sido por el dolor, sino por la rabia. ¿Me perdonarás algún día?

Todo, verdaderamente, comenzó por Jezabel. Es una tragedia en el colegio. ¿Recuerdas a Jezabel? La señorita Paola la llamaba al pizarrón todos los días. “Pase al frente, Jezabel, decía la señorita Paola. Escriba en lo más alto que pueda la fecha”. Jezabel se ponía de puntas y estiraba su cuerpo, marcando sus nalgas y sus senos, generosos para nuestra edad. Sé franca, ¿no te gustaba Jezabel? Desapareció un mes antes de nuestro castigo, pero no puedes negar que desde hace tiempo sabíamos que algo estaba mal. La señorita Paola también lo sabía, y cuentan que ella fue quien le dejó marcadas las piernas con el fuste. Un par de semanas después yo supe qué ocurrió con Jezabel. ¿No quieres saberlo?

Por más que intentaba, acaso por la sed, Karen no podía recordar en qué grado la señorita Paola les había platicado cómo una noche, a hurtadillas, se había escurrido de su cama y pudo ver por la ventana la sombra de un ave enorme que daba vueltas entre las nubes iluminadas por la luna. Giraba hacia la izquierda y hacia la derecha como una bailarina elegante y delicada. Entonces —y Karen logró recordar que en este punto de la historia a la hermana Paola se le humedecieron los ojos—, como a quince metros de distancia, pudo percatarse que de su pico colgaba algo parecido a una bolsa rellena de algodón. A la mañana siguiente, la despertó el llanto de su hermanito.

Ahora que no puedo mirarte y, sin embargo, sé que estás en algún punto atrás de mí, desfalleciente, con la boca acartonada y los labios partidos; con el sudor seco por el viento que estrella el polvo en tu rostro de santa; el viento caliente, inmisericorde, que te arroja puños de polvo en los ojos también secos y apagados como esa pequeña cabeza de anciano que vimos aquel día maldito, ¿no sería mejor pedir perdón en un acto solemne ante todos los hijos de Dios, acá en la tierra como en el Cielo? No, por supuesto. Eso me corresponde a mí, y al maestro Gabriel. Tú mantendrás tu posición de murciélago cargando esos pesos en cada brazo para que no se te olvide que hubo un tiempo en que las mujeres eran creadas de una costilla y los niños eran engendrados por el aliento agradable y perfumado con el que soñó María y que Jezabel también soñó antes de ser fulminada por el rayo.

Jezabel, dicen, tampoco pidió perdón antes de desaparecer. Eso es lo que no te pude contar aquel día en que tu mamá llegaría tarde y tú aprovecharas para tomar el libro. Las dos estábamos excitadas por el acontecimiento. Dicen que Jezabel llevaba meses vendándose el vientre y eso hacía que sus senos se vieran más redondos y llenos. ¡Cómo la señorita Paola disfrutaba de ver a Jezabel en esos días antes de la tragedia! Me parece que tú también disfrutabas, pero no sé si de la concupiscencia incomprensible que emanaba aquella niña o de saber que Jezabel había traspasado el umbral y de repente se convertía en una reina de once años, igual que nuestras madres o nuestras abuelas. ¿Qué es lo que te seducía, Karen? ¿Por qué, con el corazón en la garganta, subiste corriendo por el libro de tu madre con aquellas fotos terribles? Recuerdo que desde arriba escuchaba tu grito. Tu voz temblaba confundida entre la risa y el llanto. Entré a tu habitación y allí estabas recostada con el libro cerrado y ya temblabas. Yo me senté sobre la cama, a tu lado, y tú, sin decir palabra alguna, abriste la pasta dura y comenzaste a hojear. El tiempo pareció frenarse de repente como un colibrí que en algún

momento resuelve sostenerse en el aire. Así nuestras miradas se posaron en esa imagen como tratando de succionar todo su néctar dulce y prohibido. Yo no me atrevía a decirte que cambiaras de página, pero tú, en lo que dura un aleteo decidiste hacerlo. La Verdad siempre es insoportable.

Sin embargo, cuando diste vuelta a la página la imagen parecía más abominablemente clara. Una mano enguantada hendía con una navaja diminuta la vagina de esa mujer. El rostro ensangrentado del monstruo gritaba. Tú también soltaste un grito de espanto, o de placer. Me sentía desmayar y a la vez sentía que aquel tabú llenaba de cosquillas mi cuerpo, como una mano impúdica y agradable que me acaricia atrás del cuello, una mano negra de aborígen que palpa la carne del enemigo hincado en la hierba. Cómo podría pensar en lo que estás sufriendo ahora por mi culpa, si con mi cuerpo te estoy liberando.

Existen varias versiones al respecto. La que yo conozco es que una pareja de cigüeñas en vez de emigrar de Europa hacia África, se quedaba en un poblado cerca de París. Una noche de verano nació un niño en la misma casa donde las cigüeñas decidieron anidar. Los hijos más pequeños de los vecinos preguntaban a los nuevos padres cómo es que había llegado el bebé a su vida. La madre, viendo la edad de los curiosos, en vez de decirles la verdad, prefirió explicarles el fenómeno con estas palabras: “¿Ven ese par de cigüeñas en el tejado? Ellas nos trajeron al bebé, nos lo trajeron de París”. ¿Les explicó la señorita Paola lo que es un mito?

En vez de subir corriendo a tu habitación hubiera preferido que te quedaras conmigo para hablar de lo que sucedió con Jezabel, pero no pudimos soportar tanto deseo. ¿Fue el deseo, Karen, lo que te impulsó a buscar aquel libro? Trato de pensar en ello ahora que estoy exculpando nuestra ofensa.

¿Es el deseo lo que me hace estar aquí, de rodillas, frente al maestro Gabriel, en un lugar más allá de los baños donde nadie puede oírnos?

A las dos de la tarde ya no queda ninguna de las alumnas del colegio. Bajo el sol que pega sobre las piedras ardientes, dos figuras caminan desde la dirección de la escuela hacia el centro de la plaza cívica. Una de ellas es una compañera de once años aproximadamente, de quinto o sexto grado. Lleva las calcetas replegadas en los tobillos y una falda gruesa que le cubre una cuarta más abajo del nivel de las rodillas. El cabello mojado le cae sobre los hombros, humedeciendo la blusa blanca, cuyos botones siempre deben estar abrochados hasta el cuello. La otra es la señorita Paola. Su falda es oscura y llega hasta el suelo. Su blusa también es blanca, cubierta con un chaleco gris. Aunque, por norma, debería tener el cabello cubierto, ahora puede verse amarrado en una trenza. La niña va en silencio con las manos entrelazadas tras la espalda. La mujer murmura algo que desde aquí es imperceptible, podría tratarse de algún rezo; en las manos lleva un par de libros de mediano tamaño. Uno de ellos sin duda es la Biblia; el otro podría ser un anticuado manual de obstetricia.

Esperamos varios minutos en silencio después de que escuchamos la puerta cerrarse. La madre de Karen por fin se había ido al tendejón que servía de consultorio y nos sentamos en el sofá verde frente a la puerta a donde dos horas más tarde la misma señora regresaría en silencio, subiría por las escaleras y vería a su hija acostada con los ojos abiertos, perdidos en la verdad que había descubierto; unos ojos que aunque ella no quisiera se parecían a los de la cabeza reducida de un viejo antes de que sean cosidos sus párpados.

De no haber tenido ya los ojos tan vacíos, el cambio de la oscuridad de la dirección a la hiriente claridad de la plaza a las dos de la tarde la habrían

cegado, pero no era así. Karen podía ver todo su entorno, mas no había nada que valiera la pena mirar para girar su cabeza y tal vez afrontar una bofetada de la señorita Paola. Karen sabía de memoria el hoyo en que se hallaba su escuela, rodeada de casuchas y plantíos de arroz; eso sí, una magnífica iglesia vigilaba desde lo más alto la triste comunidad de campesinos. “Pueblo pobre y cura rico”, dijo su madre, pero Karen no tenía edad para entender eso ni tampoco cómo es que de la noche a la mañana su mamá la había llevado a vivir a ese lugar. Claro, eso ya no importaba pues todo recuerdo de sus primeros años se había desvanecido y ahora recomenzaba su vida con una imagen impertinente en su cabeza: la señorita Paola al borde del llanto hablándole de un pájaro enorme que en la noche volaba iluminado por la luna.

Era imposible que supieras que alguien te vio salir cabizbaja de la dirección, custodiada por una mujer de trenza larga; que te vio hincarte y sostener esos libros, primero como una mártir, luego como un murciélago derretido bajo el sol. Seguramente, ella también me vio cuando pasé a tu lado y no pude escuchar el más leve quejido que saliera de tus labios rajados por la sequedad. Sólo una lágrima silenciosa cruzó por tu rostro empolvado; sólo una lágrima hirviente que se desprendió de tu barbilla y cayó pesada sobre la tierra. Tal vez ella no pudo escuchar el sonido de esa lágrima, pero sí la maldición que en secreto me echaste desde tus ojos vacíos.

¿La culpa fue de Jezabel? Yo fui quien supo lo que iba a ocurrir y quise compartirlo contigo. Yo entendí que un pecado se escondía en aquellos libros que mi madre estudiaba casi todas las noches. Algo había escuchado de eso. Entonces hablaste de Jezabel y de su cuerpo que se transformaba como un pájaro hermoso. Sentí el deseo en mi sexo, pero también en mis ojos. Tenía que conocer el secreto; la comezón en mis ojos era insopor- table; necesitaba ver aquellos libros, y en uno de ellos encontré la cabeza

diminuta de un viejo, una mano empuñando una navaja, un par de muslos bellos y ensangrentados. Te llamé, grité con fuerza para que fueras mi cómplice y fuiste mi verdugo.

¿La culpa fue de Jezabel?

Cuentan que estática sobre una de sus patas, la inmunda cigüeña contempla el transcurso de los siglos. Su plumaje, antes blanco, después púrpura, ahora se torna sombrío como un decrepito espantajo que ha dedicado su vida a esperar. Me han dicho que no hay que compadecerse de ella, al contrario; las historias que le hicieron buena fama han sido completamente desmentidas. La cigüeña no trae a los hijos de nadie desde ningún lugar. Es ella quien en su paciente acecho, a veces cada cinco o seis decenios, tiene la suerte de encontrar a una mujer virgen. ¿Imaginas lo que sigue? La cigüeña no se mueve, no respira. La mujer, casi una niña, tal vez vaya al estanque por un jarro de agua; se detendrá un minuto de más para mojarse el cabello, hincada en la orilla con su vestido recogido hasta sus muslos. Entonces, la cigüeña, con sus ojos muy abiertos, la paraliza sin que ella se dé cuenta; y sin respirar, sin moverse, la preña con la mirada.

Si Jezabel hubiera dicho lo que vio desde el campanario, cómo te arrodillaste a un costado de la señorita Paola con tu cabellera suelta y tu rostro azotado por las nubes de polvo; si Jezabel hubiera escuchado el sonido de una lágrima que resbala, se desprende de la carne y cae como una maldición o un rezo apenas susurrado, entonces habría podido también decir que más allá de los baños había otra pareja de víctima y verdugo. ¿Cómo habrá visto la mano negroide del nativo que coge por la nuca a su enemigo antes de decapitarlo? ¿Cómo se habrá escuchado desde la torre de la iglesia, desde la punta de la cruz, desde el impasible cielo, el sonido de un cuchillo que entra y sale por una boca temblorosa y hambrienta?

—Santa María, madre de Dios.

Ahora que lo dices, es curioso imaginar una vagina eterna expulsando una bolsa viscosa cubierta de sangre. Se imagina, señorita Paola, ¿de qué tamaño sería la cabeza del monstruo que saliera por esa vagina infinita y sagrada?

—Pedirás perdón, necia, o te dejaré aquí hasta que sudas sangre.

—Que así sea.

¿Sabes lo que vio Jezabel? Te parecerá increíble saber que justo cuando estábamos hincadas, cada quién en su iniciación, Jezabel había llegado al campanario. El día que desapareció no fue a la escuela. Había llorado toda la mañana. Por más que quisieron mantener el secreto, finalmente la verdad llegó a los corredores del colegio. Eran las dos de la tarde en el momento en que Jezabel subió por la escalerilla de madera que lleva al campanario. Desde allí vio, primero, a una niña y a una mujer caminar al centro de la plaza. La niña se hincó y con sus brazos en cruz cargó un libro en cada mano; la señorita Paola permaneció indolente a su lado. Minutos después vio al maestro Gabriel y a otra niña que alcanzaron también el centro de la plaza, pero no se detuvieron hasta llegar más allá de los baños. Jezabel estuvo mirándonos hasta un poco más de las tres. Apenas te habías desvanecido como un murciélago de cera, Jezabel se desnudó liberando su vientre hinchado. Yo en ese entonces ya era otra, como nuestras madres y nuestras abuelas. Las cigüeñas no existen, me decía Gabriel, en el momento en que me pareció ver algo parecido a un gran pájaro cayendo en picada en el atrio de la iglesia. Las cigüeñas no existen, me decía, cuando en la torre de la iglesia Jezabel repetía aquel brinco en que murió hace un mes abandonando su cuerpo al vacío. Nadie quiso escuchar aquel sonido hueco como una lágrima que se ha desplomado sobre la tierra reseca. Sólo

los perros se acercaron a su cuerpo y mansamente comenzaron a lamer la sangre tibia que fluía entre sus piernas. ¿Verdad que te lo debí haber platicado aquel día maldito?

—Eres una diablilla.

—Haré lo que quiera, pero ya no la castiguen, maestro.

ARTE POÉTICA

DE MUTUO ACUERDO¹

Un cuento de Santiago Román

“No quiero matarme, por eso acudo a ti”. Margarita comienza su cuento de forma muy dramática. En clases hemos comentado el nivel de tensión que debe contener el planteamiento, pero no sé, eso de “No quiero matarme, por eso acudo a ti”, se me hace tal vez un poco excesivo. “Es increíble que a mis dieciocho años no haya obtenido el más mínimo reconocimiento”. A mis dieciocho. No entiendo cómo los jóvenes piensan que han fracasado en su vida a los dieciocho años si, como todos sabemos, el rotundo fracaso se confirma al rebasar los cuarenta y cinco. Razón de más para decirle a Margarita que debe buscar otro motivo para justificar que su personaje piense en matarse tan pronto. “En la escuela, el doctor Braulio me dijo que había una manera de obtener todo lo que deseo”. ¿Qué es todo? Podría ser más específica. “El doctor Braulio es de los más viejos, de esos que llaman decanos”. A poco se sigue empleando ese término para los dinodecanos. “Un par de veces habíamos coincidido en las matinés que se proyectan en la escuela”. Matiné, oh là là. “El programa usa su fama de escritor como propaganda para atraer aspirantes”. Víctimas, diría yo. “Ha ganado el Juan José Arreola, el Edmundo Valadés, el Eraclio Zepeda, ahora mismo está

¹ Agradezco a la Fundación Max Aub y a Planeta por permitirme publicar aquí este cuento.

concurando por el Xavier Villaurrutia con su libro Jaguar y Ceiba y me confesó que se postularía para ingresar al Sistema Nacional de Creadores de Arte por quinta vez”. Confesar. ¿En qué momento llegaron a ese nivel de intimidad? Además, eso de utilizar el campo literario como referente de la realidad ya está muy usado, desde Carlos Fuentes y el buen Pacheco. “Me dijo: señorita Lina tengo un secreto y si usted quiere y está dispuesta a pagar el precio...”. Lina no está descrita. Margarita tuvo la precaución de no hacerlo. En clase ha dicho que no le gusta caer en el morbo de la soft porn disfrazada de erotismo. Si Lina accede a pagar el precio, y si el precio es lo que imagino, Margarita tendrá que usar algún recurso de alusión porque eso de las piernas y las bragas no le va, dice.

“Estoy dispuesta, doctor. Haré lo que usted me pida, repetí frente al espejo. Vi el reflejo de mis piernas largas y el vello púbico ensortijado tras las bragas negras transparentes”. ¡Ah, caray! Parece que Margarita en verdad quiere causar otro efecto en el lector, aunque sea mediante el morbo. Todos los escritores sin talento al final recurren al morbo para vender sus obras. No digo que Margarita no tenga talento, además con sus veinte años cuenta con la vida entera para pulir su técnica y, de no ser suficiente, bien puede escalar por las mafias culturales siendo la amante del padrino en turno. Acaso ya descubrió ese camino y el doctor Braulio sea la representación fantástica de, digamos, el maestro Tondopó. Margarita desmonta el cuerpo del maestro. Una gota de semen resbala por el vientre encanecido hasta la base del miembro flácido que se disminuye. Tondopó mira las nalgas de Margarita, nalgas firmes de una chica de veinte años que dejan al descubierto el sexo al flexionar su cuerpo hacia adelante para subirse las pantaletas. “Búscame, mañana, dice el perverso limpiándose con la sábana, te voy a presentar al director de Recursos Humanos del Consejo, de ahí sólo para arriba, chiquita”. No, Margarita está muy joven para consagrarse en el negocio.

“Llegué al edificio en punto de las once de la noche. Mientras subía por las escaleras poco iluminadas, trataba de justificarme: el doctor Brau-

lio no es tan feo; viejo, sí; pero, bueno, es agradable y me quiere ayudar. Tuve la precaución de bajar un centímetro la cremallera del escote antes de tocar a la puerta”. Con eso del centímetro, Margarita podría ser poeta contadora. En fin. “El doctor Braulio abrió la puerta y me invitó a pasar. El departamento lucía una pequeña sala de línea francesa en color rojo”. O una pequeña sala, en color rojo, de línea francesa. “Y, más allá, una barra con dos bancos altos y muelle para apoyar los pies. Mi anfitrión indicó que tomara asiento frente a la barra mientras él caminaba por detrás para coger dos copas y una botella de Burdeos. Estoy segura, estoy segura. De pronto, sentí escalofríos en la nuca al escuchar la música de ópera que salía de las bocinas disimuladas en las esquinas del techo. El líquido guinda (¿como sangre?) llenó las copas”. Ojo, el recurso apunta a otro conflicto. “Usted es muy exitoso, doctor Braulio”. Claro que es exitoso con todos los premios que ha ganado, como Tondopó; pero uno es el imbécil que trabaja y trabaja, escribe y escribe, y nada. “Todos en la escuela lo admiran”. Todos, ja, ja. Cómo no. Verosimilitud, mi estimada. “Yo, como sabe, estoy a la mitad de la carrera y creo que soy la mejor de mi generación. Sin embargo, siempre que concurso para obtener alguna beca me dejan afuera. Dígame, cuál es su secreto”. Sí, Tondopó, dínos cuál es tu secreto. “Si no obtengo el reconocimiento pronto, me mataré” Y dale con el drama.

“Querida niña, dijo el doctor desabrochando los dos botones superiores de la camisa de seda italiana, no es necesario matarse. No hay que ser tan dramáticos”. ¿Ya ves, Margarita? “Sin quererlo, mi mirada se posó unos instantes en el pecho enrojecido del doctor. Él continuó: ¿te gustaría obtener la beca en la próxima convocatoria?” Sí. “Sí quiero, pensé. Sin esperar mi respuesta, el doctor agregó: No sólo eso, ¿te gustaría obtener el próximo Juan Rulfo?” Sí. “Quiero, pensé. Cada vez más decidida, recorrí el cierre hasta medio pecho; sentí un hormigueo en los pezones. El doctor Braulio siguió preguntando sin siquiera bajar la mirada: ¿Darías todo por una carrera llena de reconocimientos, por publicar en las mejores edito-

riales del mundo, por una estatua a la entrada de la Facultad de nuestra Universidad Nacional? Todo. Mi mano terminó de hacer el recorrido para abrir la blusa por completo. El encaje negro del sostén contrastaba con mi piel pálida expuesta arriba de mis senos que se ocultaban justo en el límite superior de la aréola. ¿Deseas el Max Aub para empezar?, ¿publicar en Planeta?” Lo deseo. “Me sentí embrujada, fuera de mí. Había desabrochado el sostén cuando el doctor Braulio hizo un ademán para que me detuviera. Es simple, mucho más simple, dijo, y de abajo de la barra sacó el documento”. Comencé a leer: “No quiero matarme, por eso acudo a ti. Con mi firma acepto las condiciones de este contrato. De mutuo acuerdo,

Santiago Román”.

HACE UN AÑO, MARCELA MORIRÁ

Despertaremos, sí, despertaremos hace mucho

Abelardo Castillo

Encontré a Roberto Stroff disparatado y exultante tras una nube de opio. Todo debería seguir adelante, me dijo. ¿Qué es todo? Como en un ademán de peinarse originado por un acto reflejo primitivo e innecesario, se acomodó el cabello, que supuse encanecido en la penumbra del estudio. Todo, viejo. Te diré. Hace una hora, justamente, se cumplirá un año en que morirá Marcela, ¿te acuerdas? Fue algo muy tonto, de esos accidentes que uno podría pedir por catálogo. A las tres de la mañana se levantó de la cama para ir al baño. El tapete de entrada estaba doblado, el gabinete demasiado cerca. Una consciencia adormecida y un pie torpe fueron suficientes para derribarla. El golpe ocurrió justo en el lugar del cuerpo donde uno se muere. Y se murió.

La oscuridad en su estudio apestaba, la poca luz proveniente de un candil cubría de sombras aquel espacio que, en los días de Marcela, fue bello, luminoso, ordenado; con cierto olor a cedro y a magnolias. Está horrible, lo sé. Qué quieres que te diga, pero es a lo que me refiero. Tú me conociste en los tiempos antes de casarme con Marcela. Yo era un bueno para nada; con mucho potencial, eso sí. Comenzamos a ser amigos cuando me fue bien en la industria; tú me ayudaste a que dos patentes llevaran mi sello. ¿Te acuerdas? ¿Te acuerdas cuando te platicaba de los motores, de los propulsores y de los amores? Tú sólo sabías opinar sobre uno de los tres.

A ti, en cambio, te interesaba más la retórica, la poética y la estética. Y en la última coincidíamos, sobre todo en la estética de Marcela. Pero no te estoy reprochando, viejo. Al contrario. Agradezco que hayas venido, con whisky y todo. Está bien, no me voy a morir. De eso se trata, precisamente, del tiempo. Y de no morirse.

Roberto es una sombra con voz; una sombra que sirve dos copas sin rebalsarlas, con la precisión de un samurái ciego. A ti te molestaba mucho el tiempo, recuerdo. Tómate un trago porque vamos a recordar. Ah, cómo peleabas con el tiempo, mi hermano. Te ofendía que siempre te ganaba, y estudiabas la teoría, y Lessing y Proust y Flaubert y demás impronunciables. El lenguaje es sucesivo, decías, incontenible. Siempre adelante, siempre adelante y yo me reía de tu desesperación tan infantil. Viejo, déjalo ser; al tiempo, digo, decía. Me reía hasta que dejé de hacerlo con la muerte de Marcela. Luego, como intuyes, y lo intuyes porque te dije que así lo haría, me dediqué a encontrar una manera de regresar al momento que destruyó mi vida. Ahora, te puedo decir que encontré una forma para hacer lo que tú pretendías desde el lenguaje, y está consumado. En este momento el tiempo ya no avanza. El tiempo debería ir para adelante, siempre para adelante y ya no; te diré cómo se detiene el mecanismo para no morir, para que Marcela no muera.

Me sentí ofendido. Aún no había muerto Marcela y a mí el tiempo ya me importaba un carajo con todo y su literatura. Que Roberto me estuviera utilizando para lastimarse y en el proceso señalara, porque era lo que estaba haciendo, mi fracaso en el mundillo literario, generaba en mí una sensación de triste desprecio, pero también de imagen reflejada de Hyde en el espejo. Podría decirle que era imposible, científica y lingüísticamente imposible regresar. Pero eso él ya lo sabía y sólo desde su cerebro cada vez más dañado por el opio y el alcohol diseñaba esta pantomima de explorador experimental, de Prometeo ante el hombre de barro. No había nada qué refutar. No se puede refutar nada a una mente enferma que no escucha

más que su voz. Alguna vez leí que sólo los fantasmas pueden dialogar con los fantasmas y Roberto era cada vez más un fantasma que mi amigo del bar, ciencia y cuentos rusos. Tomé mi copa en silencio, dejando que el fantasma de mi amigo —porque fuimos amigos— continuara diciendo que encontró una manera científica y lingüística para regresar el tiempo. Hay un símbolo, utilizado por el cristianismo a conveniencia, que adoptó el significado de resurrección. El fénix, dije. El bennu egipcio, dijo Roberto como un eco de mi voz. El bennu que nació del corazón incendiado de Osiris, señor de los muertos.

El círculo no es lo mismo que el retorno, dije bajando la guardia. Sabía que no debía contestar, que sólo necesitaba permanecer ahí para recibir el vómito de su voz acometiendo como las olas ineludibles del mar. Quién puede detener al mar, quién puede detener una mano llevando la copa a los labios en mecánico movimiento, quién puede detener a la necia memoria que se empeña en revivir a los muertos.

Regresar al estado de donde partiste es, hasta cierto punto, fácil, continué abandonándome a la cruel función que me había designado Roberto. Alimentaría sus demonios, ayudaría a enloquecerlo del todo hasta que se rompieran su mente y su espíritu. ¿Quería mi presencia para confrontarlo? ¿Para decirle estás equivocado, no podemos regresar en el tiempo, debes aprender a dejarla ir? ¿Quería eso? Sea. Aquí me tienes. Hasta morir.

Temblaba de rabia y de oscuridad. A las tres de la mañana, mi teléfono vibró con tan mala fortuna que hizo caer al cenicero, mal colocado sobre el buró. Su golpe en el suelo fue suficiente para romperlo y despertarme del todo. Primer error. Una nueva vibración llamó mi curiosidad y cogí el dispositivo para ver de qué se trataba. Segundo error. Tres mensajes de Roberto Stroff, amigo al que dejé de frecuentar un par de meses después de la muerte de Marcela. Su transformación fue abrupta y horrible. Físico brillante como ninguno, la muerte de Marcela lo llevó a buscar la fantasía

de impedirla de la única manera que consideraba “lógica”: regresar a aquel instante para que no sucediera. Poco a poco, dejó de salir de su casa y de recibir a nadie más que a su proveedor de víveres y vicio, quien dejaba lo solicitado en una mesita de la terraza, lugar hasta donde podía acceder con la llave que Roberto le había proporcionado. Leí el primer mensaje: “disculpa la hora, viejo; es imperante que vengas a mi casa ahora mismo”. Roberto, seguramente se estaba muriendo y no quería dejar el mundo en soledad. Me pareció que, aunque él lo negara, también tenía miedo de morir solo. Leí el segundo mensaje: “comprenderás que mis finanzas han descendido notablemente. Encontrarás la casa a oscuras; la cerca, abierta; hallarás las llaves sobre la mesa de la terraza. Calma, no tengas miedo. Esta noche, nadie más que tú podría entrar”. Ahora, el que tiene miedo soy yo. Siempre sucedía así con Roberto, parecía como que adivinara lo que estaba pensando y se adelantaba a decirlo como una contestación a una pregunta no formulada. Yo pensaba: ya está cansado, y él, como profeta, rápidamente decía te ves cansado. Vete a dormir. Yo me tomo una copa más. Lo peor es que era, es, cierto; tengo miedo. Leí el tercer mensaje: “trae whisky”. Eso era todo. Dejé caer el teléfono sobre el colchón. Mi mirada se posó en el blanco techo en el que de pronto se proyectaban imágenes como si se tratara de una película antigua. Allí estaba Marcela, joven y hermosa; allí estaba Roberto, engreído y exitoso; allí estaba yo, un satélite torpe y mediocre que no llegaría a ser nunca nada. Jamás tuve una oportunidad con Marcela; estoy seguro de que ni le gustaba. Tal vez, lo más cercano a un sentimiento que haya provocado en ella sería lástima. Para cada Roberto existe una Marcela; para los tipos como yo, lo que sobra. La única verdad era que Roberto amaba a Marcela, como yo no podría amarla en cien vidas. Eso y saber lo frágil que yo era para Marcela me producía la sensación de asco. Y de miedo. Y de muerte.

No recuerdo nada entre ver el techo y entrar a la casa de Roberto, botella en mano. Tercero y catastrófico error. El interior, aun a oscuras me era familiar. Pude eludir, casi sin tropezones, cada uno de los sillones de la

sala; intuir que mi perfil se reflejaba en el espejo del pasillo que llevaba a las escaleras; el pasamanos bañado en polvo por el que deslicé los dedos. El olor a madera enmohecida me sofocaba. La lujosa casa que frecuenté cuando Roberto y yo éramos amigos se venía abajo. Porque fuimos amigos, y tal vez seguíamos siéndolo, pero no siempre fue así. Aprendí a estimar a Roberto cuando Marcela le habló de mis habilidades para redactar y él necesitaba un obrero que plasmara en papel sus proyectos de ingeniería industrial. Antes, cuando Marcela me platicaba sobre Roberto, no dejaba de sentir una especie de rencor. No eran celos, desde luego; sólo rencor. Yo no podía tener celos de Roberto. Él era ingeniero; yo, medio filósofo, medio escritor; una suma en que resulta la nada entera y absoluta. Hubo un tiempo en el que yo destacaba y comenzaba a publicar en una revista local. En aquel entonces, Roberto era un vago, un soñador que se la pasaba en el bar y en el taller que la familia Stroff le había instalado en el sótano de su casa. Precisamente, ese era el pequeño rencor que sentía por Roberto. Desde siempre me llevaba una doble ventaja: había nacido entre sábanas de seda y, pese a su aparente inactividad productiva, era brillante. Yo, en cambio, era tan sólo un buen redactor con una amiga linda que me ayudaba a conseguir un nuevo trabajo para pagar mi renta. Había transcurrido un año acaso y la convivencia con Roberto se había vuelto más amena, más orgánica. Frecuentábamos el mismo bar, repasábamos sus proyectos, platicábamos de ciencia ficción rusa y de Douglas Adams. Esta madrugada, como otras antes y como desde siempre, allí seguía, frente a su sombra, dispuesto a discutir las locuras más aberrantes, entre opio, whisky y muerte.

Roberto me dejaba hablar. Había conseguido provocarme en el boxeo de sombra que anhelaba para continuar su destrucción. Un hombre sale de la barbería, llega a su casa, encuentra a su mujer besando a su mejor amigo, les dispara, sale de su casa; se emborracha, duerme en la calle, lo despierta un policía que le dice váyase a dormir a su casa; él duda si en verdad su mujer lo engañaba y si mató a los amantes o sólo se trató de una

alucinación producto de la borrachera; no quiere volver a casa inmediatamente, así que regresa a la barbería, pregunta si estuvo el día anterior en ese sitio y el barbero le confirma, extrañado, que justamente allí se hallaba, parado como está ahora. El hombre sale de la barbería y aquí es donde todo puede suceder. El hombre llega a su casa y, opción uno, encuentra a su mujer sola, un tanto enfadada por la borrachera que él se puso. Opción dos, encuentra a los amantes en el acto carnal. Opción tres, encuentra la escena del crimen, tal vez ya hayan llegado la policía y los forenses que confirman que sí, están bien muertos.

La primera y la tercera opción son las lógicas, las que comprendemos desde la realidad, desde el conocimiento de cómo funciona el tiempo en el mundo fáctico. Un hombre se pone una borrachera tremenda, se embriutece y la mente comienza a jugar con sus fantasías y temores. El hombre mata a su mejor amigo y a su mujer en una terrible pesadilla, que afortunadamente se desvanece al despertar con un inmenso dolor en las sienes y la saliva amarga. Eso ocurre en la realidad. El hombre se emborrachó, soñó y se despertó con resaca. No hay regreso. O bien, el hombre llega a su casa, y lo primero que ve es la cinta policiaca que protege la escena del crimen. Como consecuencia de su acto, siempre hacia adelante, huirá o se entregará y muy probablemente no volverá a salir de la cárcel sino muerto.

Es la opción dos la que resulta difícil de explicar. Si el hombre encuentra a los amantes vivos, podría caer en un sueño premonitorio. El hombre se emborrachó y soñó lo que sucedería. No es que haya regresado en el tiempo, sino que llegó a él una imagen que ocurriría en el futuro. Siguió su proceso en el tiempo hasta que el futuro se empalmó con el presente y se le presentó ante él como hecho ocurriendo. De esta manera seguimos siempre adelante hasta la muerte.

Las llamas de la brasa iluminaban las pupilas de Roberto en cada bocanada; todas mis palabras las absorbía, las fumaba mezcladas con el opio en el más incómodo silencio; silencio de hospital, de vergüenza familiar, de

traición. ¿Y si no es un sueño premonitorio? ¿Y si el hombre de tu ejemplo regresó al momento en el que tenían cita los amantes? Aun así, ¿deberán morir?

Vi como si la última bocanada pintara de azul el cabello de Roberto. Ya no lo percibía exultante como cuando entré en el estudio; al contrario, parecía que se iba tranquilizando en la misma medida en que mis nervios me hacían alzar la voz y las manos. Tomé la botella y la llevé a mi copa. La vacié de un trago; volví a servirme, volví a vaciarla. Roberto me miraba y yo sabía que debían ser muy cómicos mi nerviosismo y mi ansiedad por servirme whisky, pero él no se reía. Sólo su mirada, ahora oculta en la nube de opio, esperaba mi respuesta. Es algo que ya ocurrió, no hay remedio. Morirán.

Te equivocas, viejo. Puede suceder cualquier cosa porque aún no ha ocurrido. Es el bennu. ¿Sabes que también hay un asteroide con ese nombre? ¿Sabes que una sonda fue a estudiarlo y que la sonda se llama Osiris? Muchas casualidades, ¿no, hermano? Te digo más, la trayectoria del Bennu no es circular. Imaginé que pretenderías desarmarme con la farsa literaria de las historias circulares. La trayectoria del Bennu es pendular. ¿Ves qué hermosa diferencia? El péndulo, viejo, va y viene, de ida y de regreso; la péndola, esa plumita rítmica del saludo y despedida, del nacimiento y la muerte, que movía el tiempo, hasta hace una hora, hacia adelante. Ahora mismo, ya no. En unos instantes, Marcela volverá a vivir.

Estaba hecho. Roberto, por fin, se había fugado de la realidad. Yo le había dado ese pequeño empujón que lo encerraría en la habitación acolchonada de la demencia. ¿Podía detenerlo? ¿Quería detenerlo? Algo en mi interior parecido al rencor, porque definitivamente no podían ser celos, me contuvo. Explicame, Roberto, por qué ya no vamos hacia adelante, cómo lograste revivirla.

Sonríe y ve su teléfono celular. La luz de la pequeña pantalla dibuja el boceto de un rostro más conservado de lo que suponía en la penumbra. Aún hay tiempo, dice, y sus palabras generan todo un nuevo significado

a la frase. Es el Bennu, el péndulo, el jeroglífico. El lenguaje de Thot es imagen, no palabra. La realidad es una inmensa pared llena de jeroglíficos que narran la historia del universo, como si se tratara de un infinito álbum. A ti te inculcaron la idea de que narrar es transcurrir en el tiempo hacia adelante y no necesariamente es así. Toda la historia del universo está dada desde siempre y depende del observador en qué jeroglífico va a posar la mirada. Pero, lamentablemente, así como la realidad, el lenguaje es convención social. Tú, en este momento, piensas que estoy loco y que Marcela sigue muerta, como desde hace un año. Si yo subo a la recámara, la encontraré durmiendo. Pero necesito de ti para confirmar la realidad. Te suplico que subas. Si tú quieres observar, como yo hago, el jeroglífico en que Marcela sigue viva, ella vivirá.

Llegué a la casa de Roberto dos minutos antes de las cuatro de la mañana; lo recuerdo con precisión porque él me dijo que había pasado una hora exacta del primer año cumplido de la muerte de Marcela. No. No dijo eso. Dijo, hace una hora se cumplirá un año en que morirá Marcela. Jamás vi mi reloj para confirmar a qué se refería, pero ahora no me extraña que mi propio reloj esté señalando las tres de la mañana con un minuto. Viejo, no me hagas esto, le digo mientras siento su mirada implorante; es sólo una sensación, no veo más que nubes de humo y silencio. La botella de whisky está casi vacía. No me hagas esto, hermano, no en nombre de Marcela; te odiaré por toda mi vida.

Doy media vuelta y salgo del estudio. Tú eras el loco. Comienzo a subir por la escalera hacia la habitación principal. Una tenue luz se filtra por la rendija inferior. Son las 2:58 y aquí es donde todo puede suceder. Hace un año entraré a la habitación y encontraré a Marcela dormida. El tapete a la entrada del baño tendrá dobleces; los alisaré; retiraré la mesa hasta donde no pueda matar a nadie. Han transcurrido dos años, viejo, en que te preguntaré en el bar qué tal Vladimir Dunincev y tú me contestarás

bien, bien; pero se equivocó con la lechuza, debió usar el bennu. Pero eso no viene a cuento porque ya no ocurrirá. Pásame una cerveza. Cómo va el manual, debo entregar el prototipo pronto, registrarlo antes de que la marca se lo apropie. Fue el año que viene, el anterior te conoceré. Ya supo Marcela que me serás antipático, cuando ella y yo platiquemos en el café y tú vendrás por ella; vago, bueno para nada, vendrás a robarme el mundo como hace muchos años, a las tres de la mañana, robaste mi vida.

EL DEMIURGO

Un profundo olor a incienso y velas aromáticas me invadió al entrar en esa especie de tienda de antigüedades. No tenía idea de cómo había llegado allí, ni de por qué de las paredes colgaban serpientes y pezuñas, caracoles y colmillos de lobo, plumas de lechuza y ojos de jabalí, entre otros de los más extraños amuletos. Eso sí, sabía perfectamente lo que había extraviado y quise buscarlo entre las pócimas antiguas y secretas de burbujeante colorido. Nada encontré, así que caminé en círculos hasta pararme frente a una cortina de terciopelo púrpura que separaba dos libreros repletos de manuscritos en clave y polvo. Desde atrás de la cortina surgió la voz que me invitó a pasar y sentarme. Disponiendo de la debida cautela con la que se afronta un misterio, corrí la cortina hacia un lado y descubrí una habitación, iluminada por velas como la anterior. Al fondo, apareció una mujer negra de ojos vacíos que manipulaba una baraja sobre el tapiz rojizo de la mesa. Tomé asiento frente a ella, conteniendo mi asombro al notar su pecho desnudo que, al ser iluminado por las llamas de las velas, le daba apariencia de sirena, bella y terrorífica, emergida de las sombras ondulantes. En vano esperé a que hablara, mientras me acostumbraba a ese ambiente de súcubos. Al no hacerlo, me aventuré a decir: “vengo porque he perdido mi destino”. Sacó una carta del mazo y la abrió en la mesa. Era El Loco. Enseguida me preguntó: “¿qué es lo último que recuerda antes de venir?” Esforcé mi memoria, como si me hubiera preguntado por algo que sucedió hace muchos años. Tomaba un café en el portal de Las Rosas. Aún no había anochecido y el viento ya golpeaba con su frío mi rostro. Nadie me acompañaba y no esperaba a nadie. Me sentía un poco triste, es verdad, así

que me puse a escribir la historia de un hombre que al regresar del trabajo a su casa se pierde. Avancé algunas líneas y, cuando llegué al momento de la distracción que haría a mi personaje internarse en un laberinto de callejones lúgubres, criaturas sórdidas y sueños reveladores, me quedé vacío, hueco, y no pude escribir más. Sentí un dolor agudo, como un agujonazo, en la frente y en la nuca. Solté la pluma. Creo que me desmayé lo que dura un parpadeo. Al abrir los ojos, el viento había cesado y entraba a su tienda, sabiendo a qué iba.

Terminó de escuchar, y antes de preguntar mi nombre, abrió una carta, arriba de la primera. Se trataba de El Ermitaño. “Efrén Amengol”, respondí. Observó mi rostro con detenimiento, como tratando de relacionar el nombre con la fisonomía. Sonreí apenado, pues no alcanzaba a comprender cómo esos ojos lechosos podían escudriñarme con tal detenimiento; entre tanto, sus manos de hechicera africana mezclaban los naipes, partían el mazo y abrían La Rueda de la Fortuna, bajo la primera carta; La Torre Herida por el Rayo, en la punta superior, y La Muerte, concluyendo bajo la línea vertical.

“¡Qué extraño!”, dijo poniendo la palma de su mano sobre las cartas tendidas. “¿Está seguro de su nombre?” Y al preguntarme se contrajo su perfecta frente de ébano. “Sí. ¿Ocurre algo malo?”, pregunté perturbado por recordarme su rostro al de los médicos que fruncen el ceño mientras examinan una radiografía de tórax. “No lo veo”, contestó colocando El carro de Fuego a la izquierda de El Loco. “¿Qué hace usted?” “Escribo historias”, dije. Volvió a desconcertarse haciéndose más hermosa entre los vapores olorosos del incienso. Toda ella era sombra lamida por el fuego, sirena de los mares plutónicos, diosa detenida a mitad de la transmutación en serpiente con dorso de mujer desnudo y palpitante. “Escribo historias”, repetí, “historias de barcos naufragados, de viejos delirantes encerrados en mazmorras, de caballeros con pistola a diez pasos de la muerte, de borrachos haciendo suertes de navajas, de mujeres nocturnas y malditas, de

amas de casa envenenadoras, de adolescentes viudas para siempre y Penélopes ninfómanas. Escribo la historia de un hombre que se pierde en el trayecto del trabajo a su casa". Concluí y abrió El Mundo a la derecha de El Loco. "Ya veo", dijo. "Pero no aparece". "Debe haber una equivocación", repuse. "Yo he perdido mi destino y vengo a recobrarlo". "Las cartas no se equivocan, señor. En todo caso, quien no debería estar aquí es usted", opuso en el mismo tono armonioso con el que habló desde el principio. Luego, agregó: "¿cómo dice que se llama?" Alcé la voz, exaltado: "Efrén Amengol" Ella, imperturbable, abrió El Diablo, al lado izquierdo de El Carro de Fuego. Después dijo: "señor Amengol, nada tiene que hacer aquí; debe irse". Sentí un cosquilleo en todo mi cuerpo; no quería irme así, a la deriva, y dije suplicante: "algo está mal. ¿Por qué no baraja de nuevo y hace otra lectura?" Me miró con una mezcla de ternura, compasión y burla. Por primera ocasión no sacó la carta de inmediato. "Efrén Amengol, usted no entiende", dijo a la vez que sus ojos blanquecinos absorbían los matices de las flamas. "El problema no son las cartas, sino usted. Su destino no es importante". "¡Cómo que no es importante!", exclamé. "¿Quiere decir que moriré de vejez y aburrimiento?" Ella sonrió y yo, al ver aquella sonrisa, sentí caerme en un abismo infinito. Abrió, finalmente, El Colgado, al extremo derecho de la línea horizontal. "No, señor Amengol. Significa que nada importa su destino y que morirá a los cuarenta años". Enseguida, preguntó implacable: "¿cuántos años tiene usted?" "¡Cuarenta!", contesté sin reflexionar, creyendo estar salvado. "¿Ve cómo hay sin duda un error en la lectura?" De haber sido correcta, ya debería estar muerto. Tuve las condiciones más idóneas para estarlo este año: enfermé de gravedad y me recuperé. Según los médicos, por un milagro. También fui asaltado y por menos de nada recibo un balazo. Creo que le agradé a mi agresor y sólo obtuve un golpe terrible en mi sien. Faltan pocas semanas para que cumpla cuarenta y uno y, después de lo que he pasado, sé que aunque no obtenga el Nobel llegaré a ver a mis nietos". Tomó el sarcasmo con ligereza. Colocó

cuatro cartas cerradas en la base de la cruz que había formado. Volvió a penetrarme con su espumosa mirada y dijo: “no entiendo cómo alguien como usted llegó hasta aquí”. Dejó el mazo cerrado sobre la mesa y se levantó. Al verle sentí que algo se me desprendía por dentro. La sirena, la mujer serpiente, la diosa escorpión terminaba de transmutarse y se hacía completamente humana. Tanta belleza no es para ser vista por ojos mortales y me lastimaba las pupilas como si viera un sol negro en su sexo, donde Selket transformada retenía su ponzoña. “A través de esta cortina”, dijo acariciando el terciopelo púrpura, “han pasado a consultar su destino los que oyeron el llamado de la Eternidad. Aquí fue revelada a Julio César la conquista de las Galias; aquí Alejandro Magno vio a su ejército ocupar la grandiosa Babilonia; aquí Galileo escuchó el proceso al que lo sometería la Inquisición por su ciencia y no tembló, y Napoleón escuchó el estruendo de los cañones en Waterloo y no palideció; Beethoven supo de su sordera y Mozart de la cal; Helena y Cleopatra del poder de la traición”. Yo estaba embelesado. Cada una de sus palabras se clavaba en mí como las notas de una melodía celestial e hipnótica. No podía dejar de ver su cuerpo, que regresaba de la cortina a la mesa, dando pasos elegantes y pequeños, porque la prisa no es más que polvo para los seres inmortales. Y yo, infeliz mundano, prendido a su cadencia de pantera, a su espalda arqueada de majestad, a las lunas gemelas de sus nalgas perdiéndose en el mar rojizo de la mesa. El hechizo había terminado o, mejor dicho, recomenzaba en su forma de sirena que seguía hablando ahora desde su rango divino: “qué puedes hacer tú para que las cartas se interesen en tan insignificante destino. Escribes historias, creas personajes que se pierden, asesinos infalibles, detectives opiómanos, fantasías de minotauros y dragones, prostitutas piadosas, apóstoles ahorcados de los puentes; les haces crecer, salvar princesas, corromper el mundo, resolver los enigmas fundamentales del universo, mentir, siempre mentir. Estoy segura”, dijo arrastrando las palabras, “estoy segura de que, incluso, les tienes envidia por su ‘vida’ superior y no pierdes

oportunidad para matarlos. Yo misma”, enfatizó levantándose y señalando de arriba abajo con ambas manos la maravilla de su cuerpo, “he servido de arcilla para moldear tus delirios. Me has visto, ojos enloquecidos, con la gula de los poetas. ¿Quién crees que soy? ¿Qué quieres hacer de mí? ¿Cómo me llamo; con quién vivo; en qué página perdí los ojos? Me deseas, Efrén Amengol. ¿Para poseerme crearás un personaje que se parezca a ti? ¿Por qué no lo haces tú ahora? ¿Será que sabes que eres tan ínfimo, tan diminuto, tan nada? ¿Ya entendiste, escritor de historias, por qué no tiene importancia conocer tu destino?” Al terminar de cuestionarme, empezó a abrir las cuatro cartas que había dejado pendientes. Las tres primeras eran números menores de bastos, oros y copas; la última no la había visto en baraja alguna: era el grabado de un hombre de alguna civilización milenaria. Tenía la cabeza al revés, con el rostro cenizo sobre la espalda. Con una mano sostenía una antorcha apagada; con la otra, una pluma de algún ave parecida al pavorreal turquesa. La pierna izquierda alzada bajo el pecho; la derecha apoyada en la tierra, flexionada al lado contrario. En el margen inferior de la estampa, con letras góticas doradas, estaba escrito El Demiurgo. Sentí en mis sienes dos globos a punto de explotar y en mi boca un intenso sabor a cobre. Quise decir algo en mi defensa, en defensa de mi destino, pero al momento de articular las primeras palabras, débiles e inconexas, escuché que alguien atrás de mí corría la cortina. Primero oí su voz dulce de niño mimado; luego volteeé y vi a un pequeño rubio y escuálido que se asomaba desde la cortina, temblando como si hubiese llegado al consultorio del dentista. La pitonisa dirigió sus ojos nublados hacia él y luego hacia mí, diciéndome con voz casi imperceptible: “no importa que lo sepas: el niño que está detrás de ti será quien dé la última orden. Ahora debes irte, pues tu nimiedad es ofensiva para quien carga el peso de incendiar los cielos”. Yo volteeé a verlo otra vez, pareciéndome, más que inaudito, absurdo que fuera para aquel niño espantado un bicho o una mota de polvo. No sé si ella se dio cuenta de mis pensamientos, si logré darle lástima, pero cuando yo

salía y la cortina púrpura se cerraba, la escuché decir: Adiós, Efrén Amengol. No se preocupe por su destino. Todo se solucionará al cruzar la calle”.

Y aquí estoy, a la salida del café de Las Rosas, con mis papeles bajo el brazo y el viento despeinándome. Ha oscurecido casi por completo. Volteo a mi izquierda y veo la calle desierta; a la derecha, los focos traseros de un automóvil se achican hasta hacerse dos cabezas de alfiler perdiéndose en la noche. No hay nada a qué temer; sin embargo, sé que antes de llegar a la acera de enfrente todo desapar

La casa de la lechuza sonriente,
de Sergio Iván Garzón Clemente, se terminó de editar en
octubre de 2025. En su composición se utilizaron las fami-
lias tipográficas Adobe Arabic y Ubuntu.

